

13 JUL 1919

La Esfera



Año VI * Núm. 289

Precio: 60 cénts.



RETRATO DE LA CONDESA DE OXFORD, por Van-Dyck

"NIEVE
(Marca de Fábrica)
'HAZELINE'
("'HAZELINE' SNOW" TRADE MARK)

LOS CUTIS que transpiran descomfortablemente, necesitan un poco de "NIEVE 'HAZELINE'." Aplíquela con los dedos y permita que permanezca por unos minutos, límpiela después la piel con una toalla o un pañuelo.

Esta refresca y conforta la piel instantáneamente y realza grandemente su blancura y belleza.

De venta en todas las Farmacias y Droguerías

Burroughs Wellcome y Cia., Londres All Rights Reserved

SP.P. 1625



A nuestros anunciantes y suscriptores

Los agentes administrativos de esta Empresa van siempre acreditados en forma que no quede duda de la legitimidad de su representación.

Lo advertimos al público para que no acepte trato alguno con quienes no tengan autorización reciente, carnet de identificación de la casa, sellado con el sello de la misma y firmado por el Administrador Delegado, ni satisfagan el importe de los recibos que les presenten al cobro en nuestro nombre, ni estimen, en fin, garantizados sus intereses por nosotros, que no podemos responder de más gestiones que de las encomendadas a nuestros representantes debidamente autorizados.

Dr. Bengué, 47, Rue Blanche, Paris.

BAUME BENGUÉ
Curación radical de
GOTA-REUMATISMOS
NEURALGIAS

De venta en todas las farmacias y droguerías.



ELIXIR ESTOMACAL
de Saiz de Carlos (STOMALIX)

Es recetado por los médicos de las cinco partes del mundo porque tonifica, ayuda a las digestiones y abre el apetito, curando las molestias del

ESTÓMAGO É
INTESTINOS

el dolor de estómago, la dispepsia, las acedias, vómitos, inapetencia, diarreas en niños y adultos que, á veces, alternan con estreñimiento, dilatación y úlcera del estómago, etc. Es antiséptico

De venta en las principales farmacias del mundo y en Serrano, 30, MADRID, desde donde se remiten folletos á quien los pida.

CONSERVAS TREVIJANO
LOGROÑO

TINTAS
LITOGRAFICAS Y TIPOGRAFICAS

DE
Pedro Closas

ARTÍCULOS PARA LAS ARTES
GRÁFICAS

Fábrica: Carretas, 66 al 70 **BARCELONA**
Despacho: Unión, 21

ANTI EPILEPTICO DE LIEJA
a-prime las crisis,
CURA TODAS LAS ENFERMEDADES NERVIOSAS
F. Hele P. wito · Dr. PANYU P. rimo · 1111 E. Prati



En un verde prado de rosas y flores, guardando ganado con otros pastores, la vi tan hermosa, que se me figura que es la PECA-CURA lo que usa la moza.

Jabón, 1,40.—Crema, 2,10.—Polvos, color moreno (siete matices), rosa ó blanco, 2,10.—Agua cutánea, 5,50.—Agua de Colonia, 3,25, 3, 3 y 11 pesetas, según frasco.

PEDID las lociones y esencias para el pañuelo, serie "IDEA.", perfumes: ADMIRABLE, ROSA DE JERICO, CHIPRE, GINETA, ROSA, MATINAL, MIMOSA, ROCIO FLOR, ACACIA, VERTIGO, VIOLETA, CLAVEL, JAZMIN, MUGUET, SINIGUALES por su finura, intensidad y persistencia. Esencia, 16 pesetas estuche; lociones, 4 y 6 pesetas, según frasco.—Ul imas creaciones de Cortés Hermanos, BARCELONA.

COLECCIONISTAS DE SELLOS



PIDAN los precios corrientes de SELLOS DE GUERRA y gangas, que manda gratis y franco la casa

THEODORE CHAMPION
13, rue Drouot, París (9^e)



ALCOHOLATO

Para el baño

ALCOHOLATO

Para fricciones.

ALCOHOLATO

Perfume exquisito.

ALCOHOLATO

de Rosa, Quina, Romero, Azahar, Violeta ó Jazmin.

CARMEN, 10, ALCOHOLERA

RAMOS

Bisñes y postizos que



f rman el poro natural, invención de esta casa, y recomie do su perfección. S aplican tinturas y se hace la ondulación Marcel.

Ha manicura. Habla el francés.—Huertas, 7, Madrid.



Durante los meses de Julio, Agosto y Septiembre las horas de oficina de la Inspección Principal de la Compañía Internacional de Coches-Camas, Alfonso XI, núm. 2, serán de 8 á 14.

Las horas de despacho de billetes de la citada Compañía, Alcalá, 62, continuarán siendo las mismas, ó sean: de 9 á 13 y de 15 á 18.

FÁBRICA DE CORBATAS 12, CAPELLANES, 12
Camisas, Guantes, Pañuelos,
Géneros de punto. Elegancia, Surtido, Economía. PRECIO FIJO. Casa fundada en 1870.

El papel en que se imprime esta ilustración está fabricado especialmente para "LA ESFERA" por

LA PAPELERA ESPAÑOLA

DESDE SAN SEBASTIAN

Robes e Manteaux

Raguette
Maison Parisienne

Plaza Santa Bárbara, 8, Madrid

Easo, 4, San Sebastián
(frente al Hotel de Londres)

Pau - Paris

Fourrures
Manteaux
Robes



Tailleurs Dames
Tailleurs Homes

Sigüenza

Garibay, 6.—San Sebastián

Corsets

Ceintures

sobre medida exclusivamente

Fuly de Aristi

Casa en Madrid

San Sebastián

Vergara, 23, entresuelo

BANCO GUIPUZCOANO

Capital social: 10.000.000 de pesetas
Reservas: 2.500.000 pesetas

Sucursales en Tolosa, Irún, Vergara, Azpeitia, Eibar, Villafraña, Oñate, Pasajes, Azcoitia y Deva

Cuentas corrientes en pesetas, francos y libras á la vista, abonando interés al 2 por 100.

Cartas de crédito. Giros. Depósitos. Ordenes de Bolsa. Emisión de BONOS A VENCIMIENTO FIJO, devengando el 2 1/2, 3 y 4 por 100 anual.

Toda clase de operaciones de Banca, Bolsa y Cambio.

A. Brisac Ainé y C.^a

Los paraguas marca "BRISAC" son los mejores.

Las sombrillas marca "BRISAC" son las más elegantes.

Los bastones marca "BRISAC" son los más selectos.

FÁBRICA MODELO EN

SAN SEBASTIÁN (Guipúzcoa)

PIANOS NUEVOS DE ALQUILER

PIANOS "CUSSÓ" S. F. H. A.

PIANOLA-PIANOS THE ÆOLIUS C^o.

(Agencia exclusiva)

CASA ERVITI, San Sebastián-Logroño

CRÓNICA DEL VERANEO

Cuando escribo estas líneas, San Sebastián ha empezado ya á tomar ese aire de fiesta con que se prepara á recibir á los veraneantes. Estos comienzan á llegar, y todos los trenes vienen abarrotados de viajeros, ansiosos de respirar los aires puros del Cantábrico y gozar la deliciosa temperatura de esta playa.

Los teatros todos preparan sus próximas temporadas. Al Principal vendrán Loreto Prado y Enrique Chicote, aunque probablemente antes actuará en el mismo coliseo el gran Enrique Borrás, acaso con la Xirgu.

En el Reina Victoria tendremos esta semana dos audiciones de la *Walkyria*, que será cantada por María Giudice, Adela Lemaitre y Sara Bosisio. El tenor será el Sr. Canalda, que por cierto fué el último que cantó esta obra al empezar la guerra y el primero que la vuelve á cantar al hacerse la paz. La hermosa obra wagneriana será dirigida por el eminente Saco del Valle.

En Miramar todavía no sabemos lo que ocurrirá, pues el empresario, Sr. Monella, aun no ha dejado traslucir sus proyectos; pero de seguro será una temporada brillante, como la realizada siempre en el lindo teatro del Rompeolas.

En el elegante Salón del Casino ha debutado una excelente compañía de opereta francesa, que actuará durante los meses de Julio y Octubre, dirigida por el Sr. Querubini.

Del 13 de Agosto al 15 de Septiembre actuará en el mismo Salón la compañía del Teatro de Lara, de Madrid, con el eminente actor y querido amigo nuestro Emilio Thuillier y la simpatísima María Palou, que presentarán las obras más aplaudidas del pasado invierno.

Las carreras de caballos, que empezarán el 4 de Septiembre, de seguro estarán animadísimas, pues hay 700.000 pesetas de premios para 19 reuniones.

La Empresa de la Plaza de Toros tiene preparadas siete grandes corridas, que serán, como de costumbre, de los mejores de España.

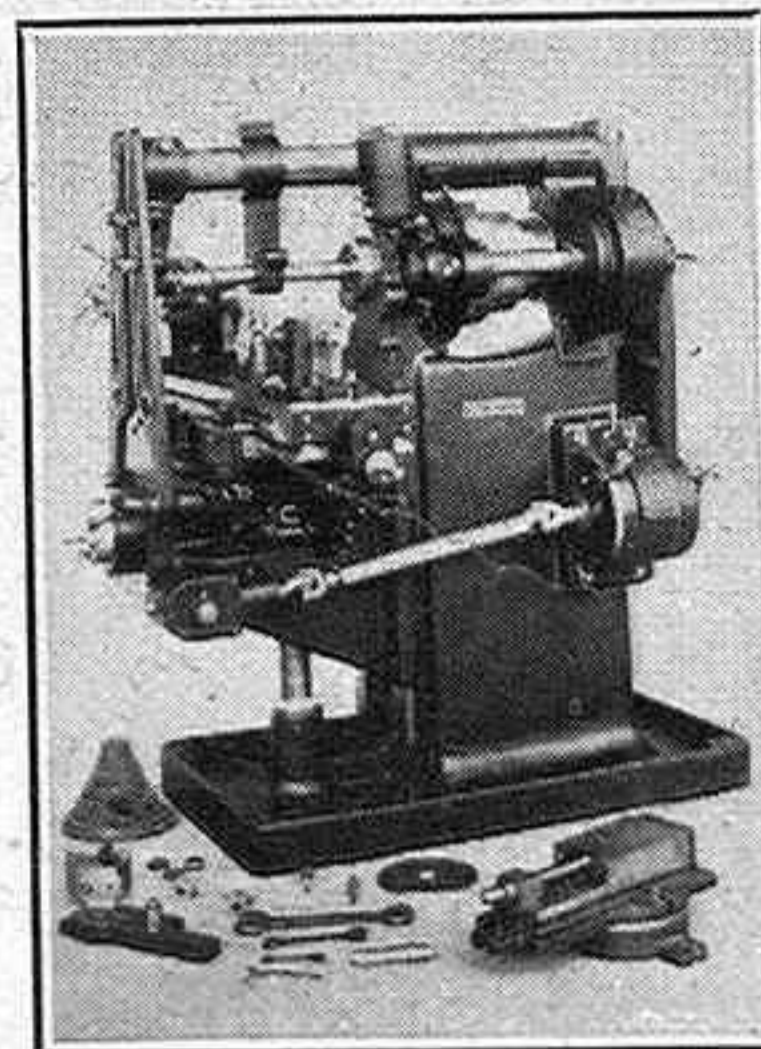
También hay organizadas grandes regatas á vela, magníficas tiradas de pichón, campeonatos de golf y lawn-tennis.

Se habla asimismo de magníficos bailes que tiene en proyecto el Hotel María Cristina, en especial de una Tómbola benéfica, que se celebrará en los primeros días de Agosto, para la que hay preparadas algunas sorpresas. Por cierto que la dirección de este Hotel ha tenido que tomar un nuevo edificio, al que llamará Savoy Palace Hotel, que ha montado con un lujo y confort extraordinarios, y que su director, Sr. Balbis, cuida como á un hijo pequeño del Cristina.

Unido todo esto á la magnífica temperatura y excelente estado sanitario de que San Sebastián goza, que es inmejorable, nos asegura una brillante temporada, de la que daré noticias á nuestros lectores en mis próximas crónicas.—LORD DERBY

San Sebastián, Julio 1919.

Construcciones mecánicas y fundiciones



RAMÓN ILLARRAMENDI

Máquinas-herramientas -:- Fresadoras universales -:- Taladros radiales
Tornos de precisión -:- Cepilladoras

RENTERÍA (GUIPÚZCOA)

Grandes Garages Garnier

Representación de los automóviles

ROCHET-SCHNEIDER

y

PICCARD-PICTET

Grandes talleres de reparaciones

MIRACRUZ, 9

SAN SEBASTIÁN

JUAN MÚGICA

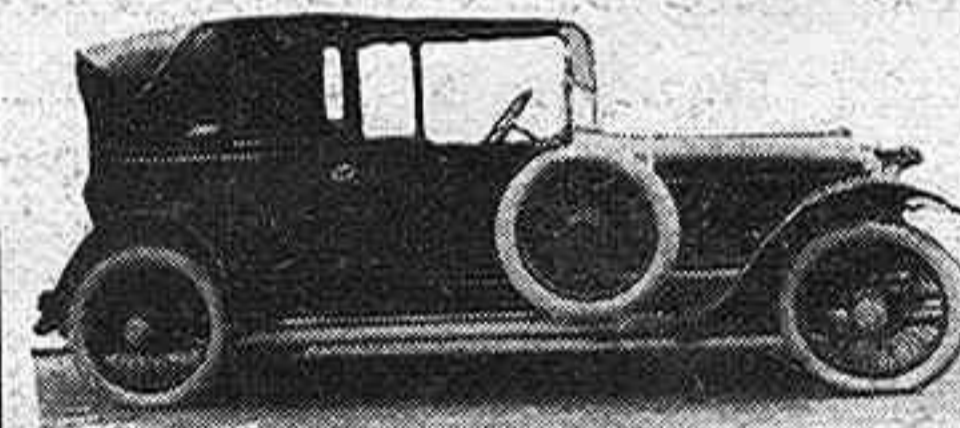
Pavimentación con bandas de asfalto comprimido continuo

Fábrica con instalación completa de molinos, hornos y prensas, para una fabricación de 500 m² diarios -:- Patentes de invención en casi todas las naciones de Europa y América -:- Cesión de patentes

SAN SEBASTIÁN
(ESPAÑA)

Automóviles ELIZALDE

¡EXISTENCIA VERDAD!



TIPOS:
15-20 normal,
15-20 Sport
y 16-20 R. V. E.

= Carrozados á todo lujo =
Limousines - Cabriolets - Torpedos

Exposición ELIZALDE 14 - Vergara - 14
Concesionario en Vizcaya y Guipúzcoa: Juan Gordia

F. Carrate
Sucesora.

Paulina Alfaro
Modista

Avenida de la Libertad, 3

San Sebastián

Rotito

PRIMERA GALERÍA FOTOGRAFICA

EN PLANTA BAJA

Loyola, 4 San Sebastián

PROVEEDORES EFECTIVOS



DE LA REAL CASA

CASA DELBOS

SIN RIVAL EN SU CLASE

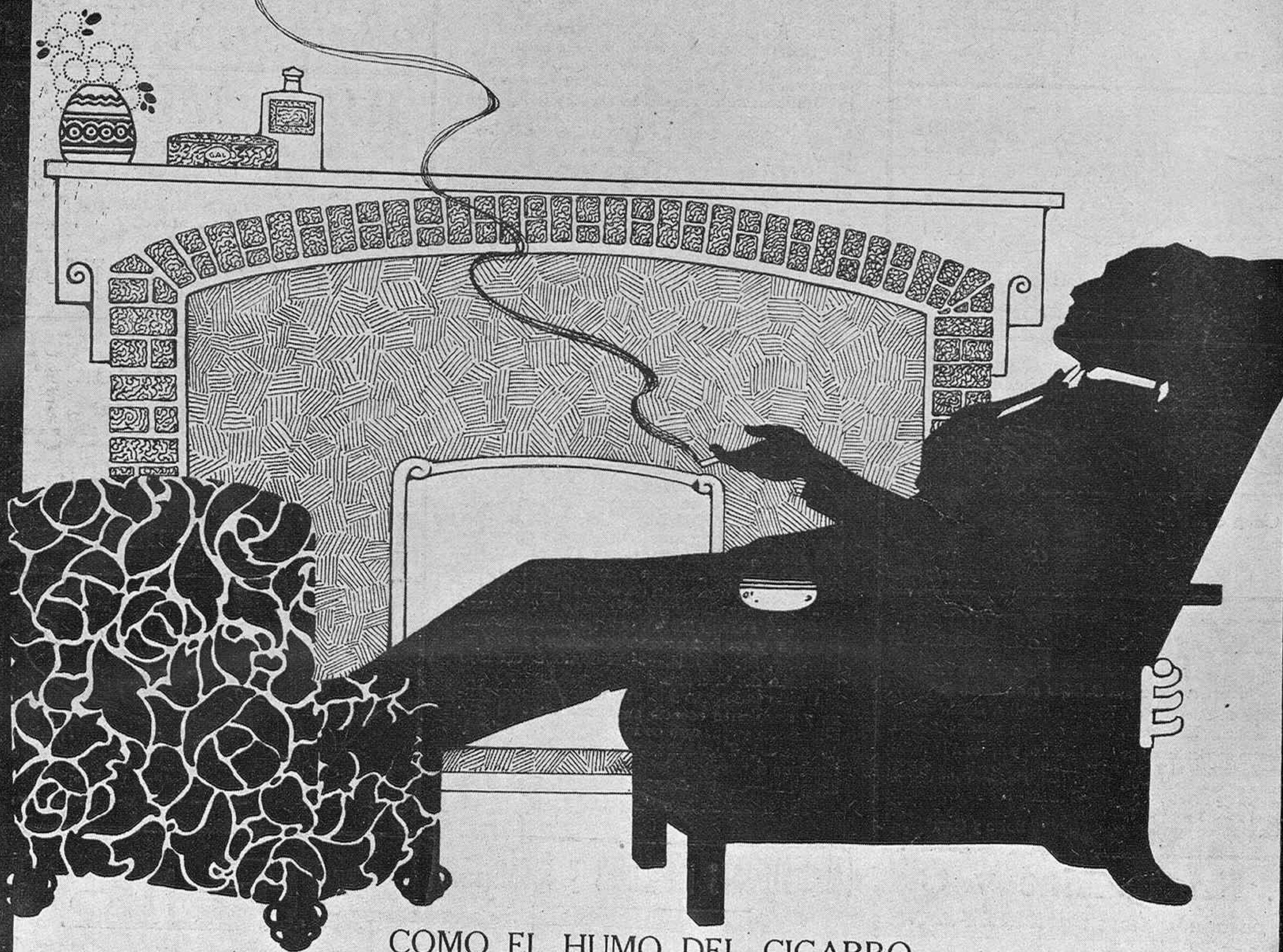
SAN SEBASTIÁN

Comestibles finos -:- Artículos de régimen
Champagne -:- Licores, etc., etc., sólo en
marcas legítimas

Única Casa que provee al Palacio Real durante la jornada veranlega

Idea

Flores de Talavera



COMO EL HUMO DEL CIGARRO
los perfumes

FLORES DE TALAVERA

evocan nuestros recuerdos más gratos.

PERFUMERÍA GAL

Extracto 10 ptas.

Jabón 1,50

Polvos 3,50

MADRID

La Esfera

Año VI.—Núm. 289

12 de Julio de 1919

ILUSTRACIÓN MUNDIAL



COMEDIETA ITALIANA

Dibujo original de José Zamora

DE LA VIDA QUE PASA
LA LABOR DEL ALMA



El "Woolworth", de Nueva York

Si yo afirmase que la espiritualidad del esfuerzo humano se manifiesta con la misma intensidad en una catedral del siglo XIII que en el monstruoso Woolworth de Nueva York, sin duda se me tacharía de blasfemo. Acaso se me diría que la catedral gótica es como una interpretación de anhelos sutilmente idealistas, como la encarnación del ensueño metafísico de aquella sociedad que parecía tender al Cielo enfilando hacia el azul infinito las agujas de sus torres, ascender hacia su Dios en los remates puntiagudos de todos los relieves y arrequives de sus templos, y que la altura fabulosa del rascacielos neoyorquino obedece, principalmente, al plebeyo propósito de aprovechar hasta la saciedad, en una suma desconcertante de alquileres, el escaso valor de una parcela insignificante de tierra; ó, á lo sumo, que es la ramplona ejecutoria donde se ha plasmado la extravagante vanidad de un plácido burgués atiborrado de millones.

Y, sin embargo, en la ideología que pudiera extraerse de estas dos expresiones de la actividad del hombre, tan antitéticas en apariencia, no hay más que una diferencia relativa y de apreciación superficial, pese á la excelsa aplicación de la una y al grosero objeto de la otra. Los estilos arquitectónicos que dieron el tono estético de una época, revelaban, sin duda, la modalidad media espiritual de esa época, del mismo modo que la pluralidad de estilos y la ausencia de uni-

formidad, ó de expresiones substancialmente uniformes, acusan en la actualidad nuestra carencia de carácter, de orientaciones ideales claras y sinceras, de normas persistentes, fijas y hondas. En otra ocasión he dicho que la arquitectura yanqui era la única, en nuestros días, dotada de personalidad, de sello distintivo, de condiciones típicas, así como era el pueblo yanqui un gran pueblo de carácter definido con lineamientos propios, representativo de las nuevas formas de vida, de la nueva sociedad utilitarista que va soltando poco á poco las tradiciones hipócritas, como pingajos de una indumentaria vieja, y va afianzando cada vez más, á la luz del día, sus peculiaridades paganas y egoístas.

Para aquella sociedad de los encajes de piedra y las torres de aguja, la vida era, principalmente, un problema espiritual. La sociología no era el hambriento lobo que enseña sus dientes en el rostro demacrado y bilioso del hermano. Esta sociedad, que se refugia en las jaulas monótonas de hierro y cemento, rectas y cuadradas como una ecuación de estafas y de leyes, tiene de la vida una preocupación exterior de bienestar ó de miseria. La evolución de las organizaciones sociales ha creado una civilización erizada de problemas elementales y ruines que ahogan en el hombre todo vuelo espiritual. El problema de ayer era el alma; el de hoy, el cuerpo. Antes se tenía miedo á la Muerte. Hoy se tiene miedo á la Vida.

Pero el alma vibra siempre en nuestras obras, á pesar de nosotros mismos. Por debajo de nuestras intenciones y nuestra voluntad, el alma va impregnando de aureolas inmortales toda la obra humana. Toda creación es como un anhelo impreciso y preexistente de inmortalidad, que va desde nuestra alma hasta nuestros brazos. El pensamiento labora sus fórmulas en una sensación de inmensidad nebulosa é ilimitada, y la Idea tiene siempre resplandores de Infinito.

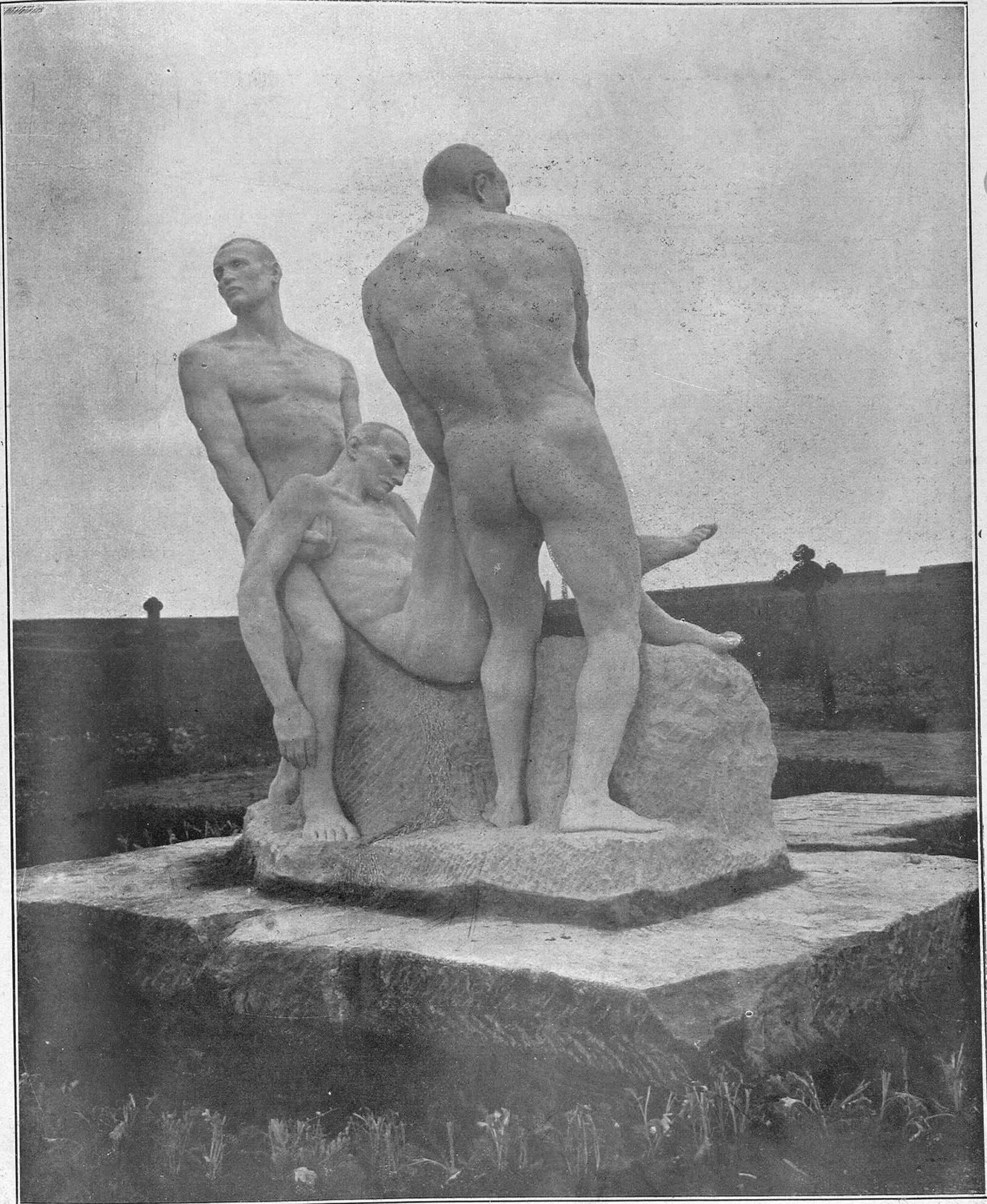
El alma existe. Su presencia se acusa en ese nuestro esfuerzo que parece tender á sobrevivirnos; en esas luchas donde el hombre parece predestinado á legar su vida al porvenir como si todo el porvenir fuera suyo y para él; en esa inconsciente ambición de eternidad que preside nuestras empresas al diseñarlas con una amplitud mayor que nuestra vida; en ese íntimo é ignorado impulso que nos manda crear nuestra obra olvidados de la Muerte. Y en el fuego divino de los místicos que construían un templo indestructible para Dios, y en el anhelo febril del multimillonario que quisiera juntar en torno suyo todos los millones necesarios para sustentar cien vidas atormentadas por el espectro del hambre, parece flotar ese mismo instinto de inmortalidad que guía nuestros actos hacia las inmensidades del mañana.

ANDRÉS PELÁEZ CUETO

Nueva York, 1919.

EL ARTE Y LA CARIDAD

BIENOS
BIBLIOT
MAY



MAUSOLEO ORIGINAL DEL ILUSTRE ESCULTOR ARAGONÉS JOSÉ BUENO, QUE, COSTEADO POR SUSCRIPCIÓN PÚBLICA, SE HA COLOCADO EN LA FOSA COMÚN DEL NUEVO CEMENTERIO CATÓLICO DE ZARAGOZA, PARA HONRAR A LOS MUERTOS ANÓNIMOS Y DESVALIDOS

FOT. CEPERO



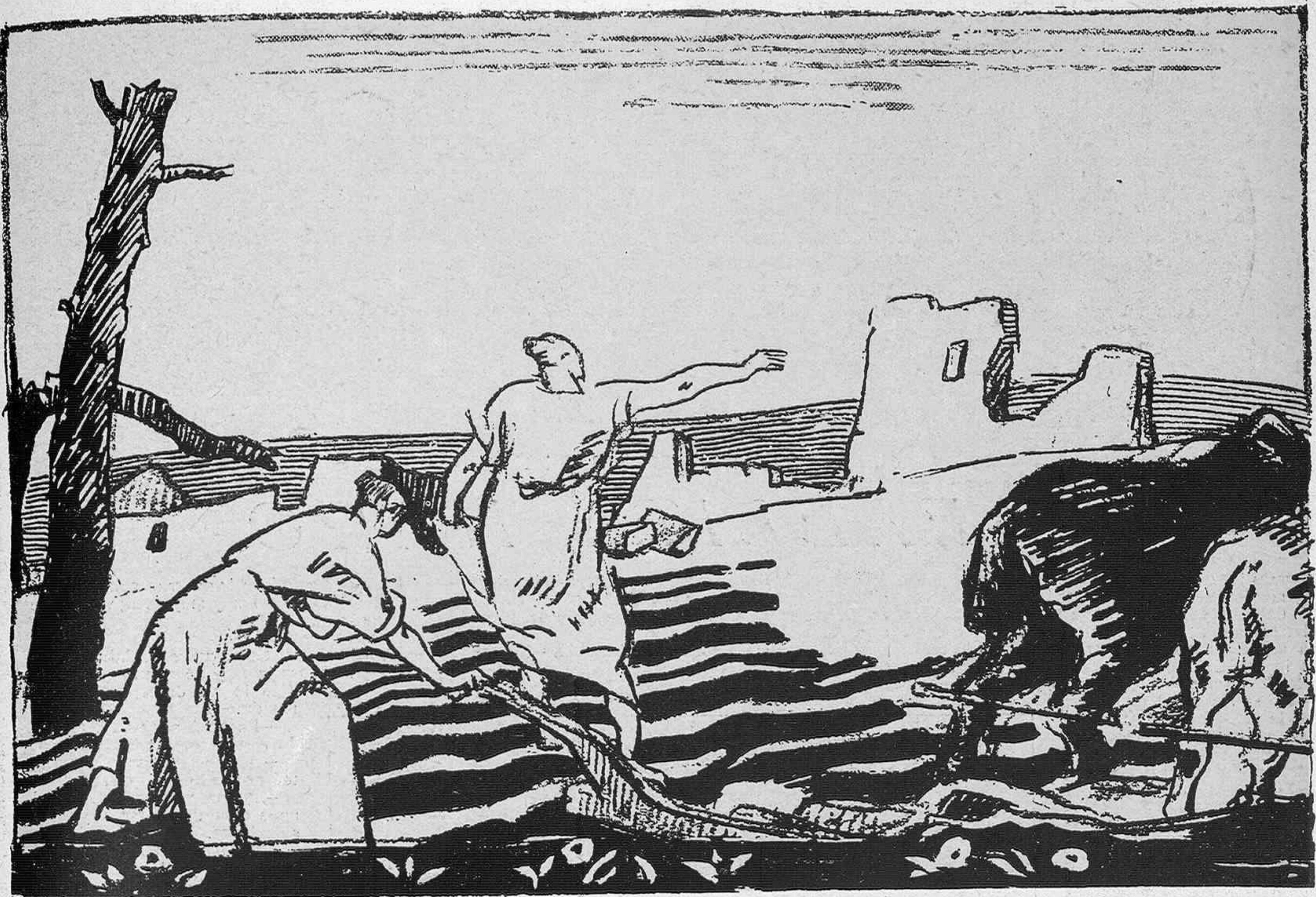
LA ESFERA

TIPOS GRANADINOS



CLAVELLINA, LA GITANA, acuarela original de Wynne Apperley

... y el arado siguió rasgando la tierra



... y sobre aquellos campos, donde pasó la muerte, resurgirá otra vez la vida

MIENTRAS la ciudad famosa resistía el asedio, un labriego guiaba la yunta y labraba un «pedazo», según allí se llama a toda parcela de un predio. Sobre el conductor de las bestias y guía de la reja pasaban las bombas. A veces llegaban pelotones de soldados enemigos y preguntaban al labrador:

—¿Qué haces aquí?... ¿No ves que estamos en guerra? ¿No temes que un proyectil te alcance?...

Y el labriego, dignándose apenas mirar a los orgullosos soldados, arreaba la yunta, apretaba su mano en el timón, metía todo lo más hondo posible la punta de la reja y daba golpes fieros con la esteva sobre el terruño endurecido.

La serenidad de ese hombre asombró a los valerosos dominadores del mundo. Pudieron matarle. Le respetaron. Más que a un héroe estimaron allí a un loco.

Y el héroe ó el loco continuó su obra.

Luego llegó un oficial, vestido con áureo uniforme, galopando sobre lindísimo corcel; él llevaba órdenes a las tropas avanzadas del asedio. Indignación le produjo que en toda aquella inmensa llanura, y en los altozanos que la ondulaban, no hubiese otro labrador que trabajase, sino éste de nuestra anécdota. Parecióle que en la indiferencia de aquel mozo y en el ritmo isócrono de las patas de las mulas que tiraban de la primitiva máquina aratoria, había hartado para la fama del caudillo que, dondequiera que se presentaba, por sí, ó por sus delegados, suspendía y aun suprimía la vida.

Detuvo el oficial su bella cabalgadura é increpó al hombre de la yunta:

—¿No sabes que está prohibido a los hijos de

la tierra permanecer en el campo?... ¿Cómo no te has presentado a las autoridades?...

El labrador levantó la cabeza de nuevo para mirar al mirífico edecán del mariscalato, y, con voz serena y queda, repuso:

—Aquí estoy cumpliendo mi obligación, que es la de arar el pedazo del señor Mariano del Rabal. Y a mí no me importa que haya guerra ni a él tampoco.

—¿Y si te matan?

—Entonces, como los muertos no hablan, nada podré decir.

El oficial quedó espantado de aquella serenidad, que ya le parecía signo de estupidez, ya la más alta bravura imaginable. De lo que él pensara sólo sabemos lo dicho en las Memorias del coronel Luciano de Ruinat de la Mosenache, publicadas en 1811. Allí consigna el inclito oficial de Napoleón, que entre cuantas cosas había visto, en diez y siete años de campañas por Egipto y por Europa, lo que más le había impresionado era el hombre que araba sobre Zaragoza, mientras el horror de las batallas palpitaba en torno.

Desde el rincón en que moro, falto de noticias, sin otras que las que me proporcionan la Prensa francesa y británica, sujetas a todo género de censura, ignoro de qué suerte resurge la vida sobre los campos de la brutal contienda. Recuerdo, sí, la alegre alquería francesa, centro de la abundancia, tan gallarda y poética que parecía dispuesta siempre a la admiración de los viajeros. ¿De qué modo sobre esas ruinas está surgiendo la nueva existencia?

En las novelas campesinas de George Sand,

no me acuerdo en cuál de ellas, hay un viejo labrador que, al llegar la noche, entra en la granja de que es servidor, diciendo:

—Mientras nos dejen trabajar, trabajaremos... Pero ¡ay del día en que no nos dejen trabajar!... Porque entonces la muerte se apoderará de nosotros...

Y este hombre repetía siempre las mismas palabras. Un día le interrogaron sobre el sentido de ellas. Y contestó el anciano:

—Es que el sitio donde trabajo es abundante en lobos, y raro es el día en que yo no veo alguno de estos señores de las orejas puntiagudas y de la cola rasera. Y sé que cada uno de esos animaluchos es el enviado del odio y que, cuando más tranquilos estemos, el odio nos rodeará.

Sonaron risas, contestaron al decrepito las burlas. Luego volvieron las guerras. El labrador había visto lo futuro en las pupilas cárdenas y lucientes de los lobos.

Ahí descubris dos hembras rudas, valientes, renovadoras del vivir. Ellas tienen en sus puños energía para que el arado entre de nuevo en las tierras, tropezando, acaso, con los cascos de metralla. Y tienen también en su corazón y en su matriz el origen de las renovaciones y de la continuidad de una raza... El beso del amante en la sombra de la arboleda, el grato yacer con el esposo, la confianza en lo porvenir... Así es como los pueblos perduran. Vencidos ó vencedores, ellos siguen su marcha y son las mujeres las que le guían.

J. ORTEGA MUNILLA

DIBUJO DE VÁZQUEZ DÍAZ



NUESTRAS VISITAS

RAFAELITA HARO

ESTABA jugando con mis muñecas. En este momento las tengo reunidas, y protestando del poco caso que, desde hace una temporada, les hago. ¡Este teatro no me deja vivir!— y la monísima y diminuta artista dijo todo con una ingenuidad encantadora. Al vernos reír, protestó con un mohín gracioso:

—No se ría usted de mí. Le digo la verdad. Todos mis muñecos están en este momento celebrando un mitin de queja contra mí. ¿Quiere usted verlos?

—Sí, señora—aceptamos.

—Pues venga usted.

Abandonamos aquella habitación íntima, elegante y alegre y seguimos á Rafaelita por el pasillo. Al final, penetramos en un amplio gabinete suntuoso, con muebles dorados, gruesos tapices, cortinas de damasco y estores de encaje. Estaba aromado con perfumes de Cotti. Quedamos un poco sorprendidos, dulcemente sorprendidos de que esta pequeña artista viva rodeada de tanto confort. La habitación estaba en penumbras. Ella fué á un balcón, descorrió las cortinas, abrió las maderas y penetró un raudal de luz color de topacio. Era ya media tarde. La terraza daba á la Avenida de Peñalver. Entonces vimos las muñecas; medio centenar de muñecas, agrupadas en el centro de la habitación, parecían esperar á su dueña, otra muñequita de biscuit, de facciones correctísimas, ojos negros y brillantes y manos de alabastro.

—¿Ve usted?—nos dijo Rafaelita—. Aquí tengo á mi gente menuda.

Y con suma monería fué haciendo las presentaciones:

—Esta grande se llama Lolita: me la regalaron en América; ésta, Totó: me la encontré en mi cuarto el día de mi beneficio; este Panchito es recuerdo de un abonado del Reina Victoria, que por cierto es tan alto como usted. Esta otra dice papá y mamá. ¿Ve usted? ¡Pobre hija mía!

Y la artista las iba acariciando, como si, en efecto, fueran de carne y hueso.

Nosotros reíamos gozosos, evocando los días niños. Después tomamos asiento en el suelo, sobre la alfombra, al lado de las muñecas, y comenzamos nuestro diálogo.

—¿Qué vamos á decir en la interviú?—le pregunté yo.

—Lo que á usted se le ocurra—contestó ella con ingenuidad—. Yo soy muy sosa; no se me ocurre nada.

—¡No sea usted niña!

—Sí, de verdad. Soy muy sosa. Además, me pone muy nerviosa la idea de que lo que yo le diga lo ha de saber todo el mundo.

—Pues hágase usted cuenta de que yo guardaré el secreto.

—No; eso no puede ser. Usted ponga lo que quiera.

—Pondremos que tiene usted unos ojos muy negros y muy soñadores.

—No son soñadores, ni negros: son pardos. Son ojos, ¿de qué le diré yo? ¡De gato!

Y al observar nuestra risa agregó, haciendo un delicioso mohín de chicuela:

—¿Habrán usted observado que soy muy tonta?

Sin responder á la pregunta continuamos interrogándola:

—¿Es usted bonita ó fea?

—¡Vaya una pregunta! Fea, tonta y sosa.

—¿Qué es lo más feo que tiene usted? ¿La boca?

—Es muy grande, ¿no lo está usted viendo?

—¿Y la nariz?

—De lorito real; los adulatorillos dicen que es griega—é hizo otro mohín de conejo—. Lo más bonito que poseo es el corazón, que, como no se ve, puedo alardear de que es muy bello.

—Y, según he oído decir, está cautivo de amor.

—¿Cómo?—preguntó, simulando no enterarse, pero más bien para meditar la respuesta.

—Que está usted enamorada. Que está usted cogida por el corazón. Que está usted viviendo su rato de amor.

Soltó una carcajada.

—¡Qué gracioso! ¡Vaya una linda equivocación!

Protestamos, simulando enojo.

—Bueno, Rafaela, veo con tristeza que no está usted en plan de ser sincera.

—Está usted equivocado: siempre digo lo que siento.

—¿Y sería usted capaz de



Rafaelita Haro, en su casa, con su "baby" predilecto

asegurarme que no tiene usted ningún amor?
 —Ninguno— exclamó afirmativamente—. Yo soy una señora recatada.
 —¿Y qué tiene que ver eso?
 —Que yo no tendré amores nada más que para casarme.
 —¿Pero usted cree que le iría bien la vida de matrimonio?
 —¡Ay, ya lo creo! Yo soy, sobre todo, una mujer de mi casa: adoro el hogar y los chicos. Yo supongo que podría hacer la felicidad de un hombre: no lo habría de engañar nunca.
 —Eso último no es una garantía para la felicidad. Yo me permito asegurarle, que la mayor desgracia que le podría ocurrir á un hombre, es casarse con usted.
 —¿Por qué?—inquirió, alarmada.
 —Porque ese hombre que se casara con usted renunciaba á su personalidad, se anulaba, pasaba á ser, por toda la vida, solamente el marido de la Harito. ¿Usted me comprende?

—Sí; sobre todo, viendo películas tristes.
 —¿Es usted coqueta?
 —Lo suficiente para sembrar ilusiones.
 —¿Qué es lo que la inquieta más de la vida?
 —Llegar á vieja y no tener reunido un capitalito para vivir independiente.
 —¡Ah! ¿Conque es usted interesada?
 —¡Oh! No. Me preocupo de los míos.
 —¿Es usted andaluza?
 —Sí, señor; afortunadamente: nacida en Cádiz.
 —De pequeñita ¿no pensaba usted en el teatro?
 —¡Cómo que no! Si nací dentro de él; pasé la vida entre bastidores. ¿No ve usted que era hija de artistas? Desde muy pequeña hacía por los escenarios de niña precoz. Recuerdo que todos decían: «Esta niña promete; esta niña será vuestra vejez.»
 —¿Y en dónde debutó ya seriamente?
 —En La Granja. Unas amigas daban una función, y yo hice «el niño de los pájaros», de *La reina mora*. Desde aquel momento quedé incor-

—El canario: tengo cinco muy bonitos, y que, en cuanto les hablo, me cantan.
 —¿No experimenta usted bochorno al interpretar las operetas verdes del Reina Victoria?
 —Sí; mucho—exclamó, simulando rubor—. La primera vez que me dijeron que tenía que salir en camisa, me quedé fría.
 —Lo comprendo.
 —No haga usted chistes ahora. Y lloré mucho. Luego me azaraba estar en escena: las señoras me miraban á través de los impertinentes, y murmuraban: «¡Qué atrevida!» Y luego, cuando me examinaban más minuciosamente: «No creas, lleva pantalones, lleva pantalones.» Y mis pantalones tuvieron un gran éxito entre las espectadoras.
 —¿Se lleva usted bien con sus compañeras?
 —Muy bien.
 —¿Nunca se pegó usted con ninguna?
 —¡Por Dios!—exclamó horrorizada—. Yo no soy una rabanera.



Rafaelita Haro con su preciosa colección de muñecos

Esto, además de los odios que se concitarían sobre él.
 —¿Odios?
 —Sí, señorita. De todos los que admiraron en el teatro su belleza y su picardía y ven de pronto desvanecido ese delicioso ensueño de posesión que llega á forjarse todo el admirador de una artista.
 —¡Oh! ¡Bah! Después de casada, nadie se acordaría de mí.
 —Está usted equivocada. Esta noche, al meterse en la cama, en esa hora de sinceridad suprema, piense usted en lo que le he dicho, y me dará la razón.
 —¡Quiá! Yo caigo en la cama como un plomo en el agua. Muchas veces me duermo tan aprisa, que se queda la luz encendida.
 —Entonces, ¿usted ansía casarse?
 —¡Claro! ¡A ver! Si es la única carrera nuestra. Es el orgullo de la mujer. Si yo no fuese tan fea y tan ridícula, ya lo hubiese realizado.
 —¿Cuál es su vicio dominante?
 —Dormir: duermo más que un perrito pequeño.
 —¿Llora usted con facilidad?

porada al arte. Recorrí los teatros de provincias; fui á Buenos Aires de tiple, y aquí me tiene usted.
 —De su repertorio operetesco, ¿cuál es la obra que más le gusta?
 —Todas.
 —Una.
 —Meditó un instante; después murmuró, entre dientes:
 —¡Uf!, qué hombre tan exigente. *La mujer ideal* me encanta.
 —Pero en *El capricho de las damas* tuvo usted más éxito que en ninguna.
 —Sí; tal vez.
 —¿Siente usted miedo antes de salir á escena?
 —Sí; me da un poquito de respeto el público.
 —¿Nunca se metió con usted?
 —¡Jamás! En buena hora lo diga. Si alguna vez me he equivocado, se rieron, y nada más.
 —Cuénteme usted alguna anécdota, porque esta conversación va siendo muy tonta.
 —¡Ya se lo decía yo á usted! Si es que no tengo gracia; no sé.
 —¿A quién quiere usted más en el mundo?
 —A mi mamá, más que á nadie.
 —¿Cuál es su animal predilecto?

Sonreimos su horror, y...
 —¿Le gustan á usted los toros?
 —Sí; como espectáculo.
 —Y los toreros, ¿cuál torero le gusta á usted más?
 —*Joselito*— contestó, con inocencia de colegiala.
 —Veo que, en esa predilección, está usted de acuerdo en absoluto con la señorita Hidalgo.
 Y añadió:
 —Supongo que su actor predilecto será Peña, ¿no?
 —Sí—repuso algo turbada—; pero eso no es necesario decirlo.
 —Bueno, entonces tampoco diremos que la música admirable del maestro Luna le encanta á usted.
 Ella se limitó á sonreír amargamente.
 Cuando abandonamos la elegante morada de la gentil artista, la tarde había declinado por completo, y el cielo, en la lejanía, tenía tonalidades de rubí.

EL CABALERO AUDAZ

FOTS. CORTÉS

LA MUERTE DEL BARDO



INTERLOCUTORES: Rouget de L'Isle, 76 años. Eladía, 55. Juan, 60. El Médico. Un viajero. Un mozo.

La acción en Choissy-le-Roi, á mediados de 1836.

Sala humildemente amueblada en casa de Juan. Eladía, su mujer, hila, sentada en un viejo sillal de cuero. Atardece. Por el abierto portón y la ventana penetran los rayos de un sol melancólico que camina á su ocaso. Entra Juan, dejando en un rincón varios aperos de labranza.

ELADIA.—¿Tan pronto de regreso?

JUAN.—No es mucho más temprano que de costumbre. He pasado de largo por la taberna del Marsellés, en vez de entrar, como hago otras tardes... Total, media hora, á lo sumo. Y es que me tiene intranquilo ese pobre señor Rouget... ¿Qué tal ha pasado el día?

ELADIA.—Sentado en el sillón, sin moverse de su cuarto... Está muy mal, muy mal.

JUAN.—¡Pobrecillo! ¡Cómo sufre!

ELADIA.—¿Y con qué calma! A veces, la tos le ahoga; y si me aproximo á él, me hace señas, como diciéndome: «No me hagas caso; no te ocupes de mí; atiende á lo tuyo...» El infeliz, en su delicadeza, comprende que es una carga para nosotros. No nos ha dado un sueldo desde hace más de tres meses.

JUAN.—¿Y qué? Aunque hiciera cien años, su sola presencia nos honraria mucho. Harto sabes lo que tengo que agradecerle. Cuando ese pobre viejo, del que hoy nadie se acuerda, era el ídolo de Francia y todos lo enaltecían con entusiasmo delirante, Rouget me salvó la vida... Fué en los días inolvidables del Terror, cuando París, y Francia entera, nadaban en sangre, estúpida-mente derramada... Sin la nobleza de Rouget, amparándome sin casi conocerme, el tablado de Sansón fuera conmigo, como con tantos otros... Pasó el tiempo. Cayó la República. Napoleón, que hasta en lo malo fué grande, persiguió al pobre Rouget... quién sabe si envidioso de él, recordando que le había ganado en popularidad... Siempre digno, Rouget abandonó la carrera militar, decidido á vivir de la literatura. Pero ¡las letras dan tan poco!... Cien veces solicitó empleo, por modesto que fuese, para ayudarse á vivir; hasta que Luis Felipe, hace tres años, le concedió una pensión, que no es lo mismo, porque algo tiene de limosna. Rouget estaba viejo y achacoso: por eso la aceptó; ¡de otro modo!...

ELADIA.—Hubiera hecho mal en rechazarla. El Estado no ofende cuando premia méritos.

JUAN.—Si llamas premiar méritos á otorgar tan mezquina ofrenda... ¡Mil quinientos francos á un hombre como Rouget! ¡El que fué un día ídolo de Francia! ¡El autor de *La Marsellesa*!

ELADIA.—No es tan poco, si lo pagaran á tiempo.

JUAN.—Dices bien. Cuatro mensualidades le adeudan. Como que si no fuera por nosotros, que le cobijamos y le atendemos, de hambre y de miseria se hubiese muerto... Somos pobres, y algo penosa resulta para nosotros la carga; no importa. Francia es grande; pero ha sido ingrata con el cantor de sus glorias. Yo, el último de los ciudadanos franceses, no quiero ser ingrato con el hombre que me salvó la vida.

ROUGET. *(Sale de su habitación apoyándose en el quicio de la puerta, arrastrando los pies, con todo el aspecto de un valetudinario próximo á morir. Juan y Eladía le ayudan á sentarse en el sillón donde ésta hilaba.)*—Eladía... Juan... Ayúdame, os lo ruego...

JUAN.—¿Os encontráis mejor?

ROUGET.—No sé... De espíritu, muy bien. Pero de cuerpo... ya lo veis: soy casi un cadáver.

ELADIA.—No digáis eso.

ROUGET.—Sí, Eladía, sí; es la verdad. Pero no me apura, podéis creerlo. La vida es para mí una carga, un castigo cruel. Cuando muera, estaré mejor que ahora. Es hermoso vivir siendo joven, cuando todo nos sonríe: las mujeres, las ilusiones, las esperanzas. Es hermoso vivir también cuando se lucha por los hijos, y pensando en ellos se vence en la lid... Todo aquel para quien la existencia ofrezca algún aliciente, debe vivir... Yo no tengo ilusiones, ni salud, ni familia... ni siquiera dinero... Cuando venga la muerte, le daré las gracias.

JUAN.—No habléis así, Rouget; harto sabéis lo mucho que os estimo; sólo pensando en ello no debierais decir tales cosas.

ROUGET.—Tienes razón, Juan. Vosotros sois lo único que me hace amable este mundo... Dios os lo premie, ya que á mí no me es posible más que agradecerlos... Y, hablando de otra cosa, ¿no han regresado aún los mozos del pueblo?

JUAN.—Es pronto aún. No tardaremos en oír sus cánticos.

ELADIA.—¿Y de ellos, tenéis queja?

ROUGET.—No, por cierto. No sabéis de qué modo me emociona oírles cantar mi *Marsellesa*, como ingenuo homenaje á este pobre viejo, indigente y desvalido.

JUAN.—¿Pero glorioso cual ninguno! Decid si os cambiaríais por otro cuando escucháis á los mozos entonando vuestro himno.

ROUGET.—Es verdad. Todo el día estoy mohino, taciturno, medio muerto. Pero conforme cae la tarde, parece que me siento renacer. ¡Van á pasar los mozos, cantando, como de costumbre!, me digo; y ya lo veis..., saco fuerzas de flaqueza para abandonar mi alcoba y venir aquí, desde donde se les oye mucho mejor... ¿Sabéis cuál sería la más preciada de mis ilusiones? Morir una tarde oyéndoles cantar mi música...

ELADIA.—¡Bah! ¿Quién piensa en morir?

ROUGET.—Yo... Y sin la menor pesadumbre, Eladía; puedes creerlo. La muerte es un sueño muy dulce, del que no habrá que despertar nunca...

(Entra el Médico. Es un hombre frívolo, coloradote, de perenne buen humor, despreocupado hasta la indiferencia.)

EL MÉDICO.—¡Salud á la buena gente! Se me ha hecho un poco tarde, paseando por las afueras... ¿Cómo va ese valor, ilustre enfermo?

ROUGET.—Mal, muy mal. Esto se acaba.

EL MÉDICO *(riendo)*.—¿Pues no dice que se acaba? Tenéis, sin duda, ganas de broma. Veamos ese pulso... Un poco débil. ¿Y la lengua? Algo saburrosa... Total, nada. *(Llévase aparte á Eladía.)* ¿Come bien?

ELADIA.—¿Qué ha de comer, señor? Algún sopicaldo, y gracias.

EL MÉDICO.—¿Y descansar?

ELADIA.—Tampoco. Ya es de madrugada cuando se duerme, para despertar con la aurora. Además, tose mucho.

EL MÉDICO.—Pues, nada, seguid con la pócima calmante que le receté la semana pasada.

ELADIA.—Pero decidme, señor doctor: ¿está grave?

EL MÉDICO.—¡Ah, claro que lo está! Todo el que llega á sus años está grave. Su enfermedad no es otra que vejez. ¡Ya me daría yo por satisfecho con tener su edad y no estar peor! Yo le encuentro perfectamente; pero se morirá de un momento á otro. *(Vase el Médico. Eladía queda triste y pensativa.)*

ROUGET.—Estáis perdiendo el tiempo y sacrificándoos inútilmente procurando que me vea el médico. ¡Si no me ha de curar! Soy un reloj sin cuerda. No me queda más recurso que presentarme cuanto antes al Divino relojero...

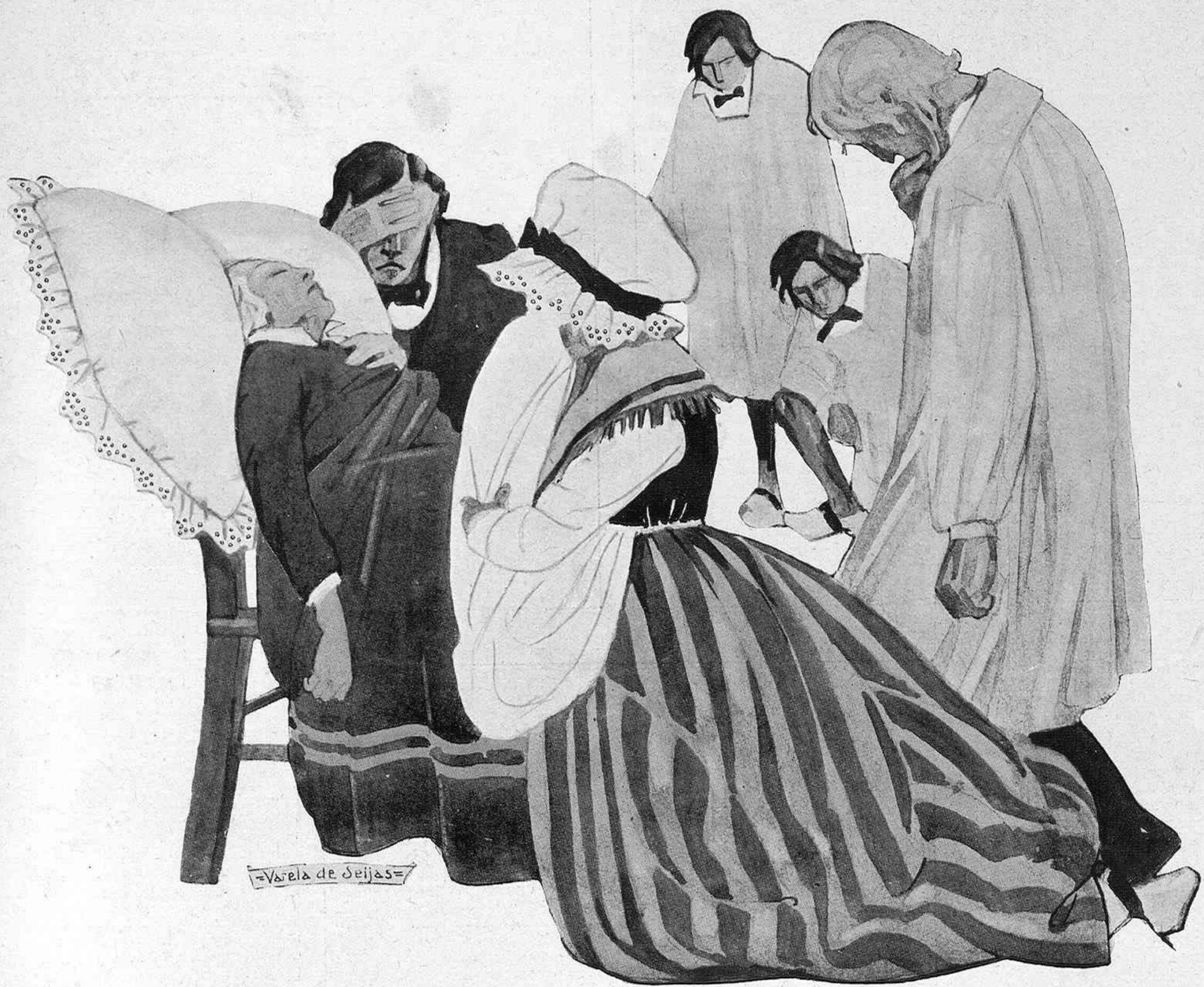
(Asoma á la puerta el Viajero.)

VIAJERO.—¡Ah de casa! ¿Es aquí donde vive Rouget de L'Isle?

JUAN.—Aquí es. Pasad.
 VIAJERO.—¿Podría verle?
 JUAN.—Estáis en su presencia.
 ROUGET.—¿Me buscáis á mí? Yo no os conozco.
 VIAJERO.—Yo á vos tampoco. Pero de tal manera me ha entusiasmado siempre vuestra obra, que os admiro y os venero desde hace largos años. Hoy, al pasar por Choissy, he sabido que vivíais en este pueblo, y me hice conducir á vuestra presencia para saludaros... y también para haceros entrega de un obsequio.
 ROUGET.—¿Un obsequio?
 VIAJERO.—Sí; esta bolsa. Es de un amigo, vuestro ferviente admirador, que ve con pena el olvido en que os tienen los gobiernos.

do el burgomaestre, barón de Dietrick, que me honraba con su amistad, me dijo un día: «Oye, tú que presumes de poeta y de músico, ¿por qué no escribes un himno que entusiasme á nuestra gente?» Y como yo no me opusiera, él insistió: «Tienes de plazo esta noche. Mañana iré á tu casa para escuchar tu obra.»
 VIAJERO.—¿Y vos aceptasteis un término tan perentorio?
 ROUGET.—Casi de broma; lo confieso. Pero pronto se interesó mi amor propio, y me propuse, cuando menos, trabajar. Sentéme al clave, y batallé con las musas varias horas inútilmente, hasta que, fatigado, me dormí.
 VIAJERO.—¿Sin terminar vuestra obra?
 ROUGET.—Sin haberla comenzado siquiera.

ces... ¡pero le quiero! Y cifro todas mis aspiraciones en morir oyendo su melodía...
 (Le acomete un violento ataque de disnea, iniciador del colapso.)
 JUAN.—Habéis hablado con exceso, señor Rouget... Esto os fatiga.
 ROUGET.—¿Aire! ¡Me ahogo!
 JUAN.—Ve á la alcoba, Eladia, y tráete el frasco del calmante.
 ROUGET.—¿Aire!
 VIAJERO.—Se ahoga...
 (Comienza á oírse, tenuemente al principio, con creciente intensidad después, el canto de «La Marsellesa», entonado por los mozos del lugar, que regresan del trabajo.)



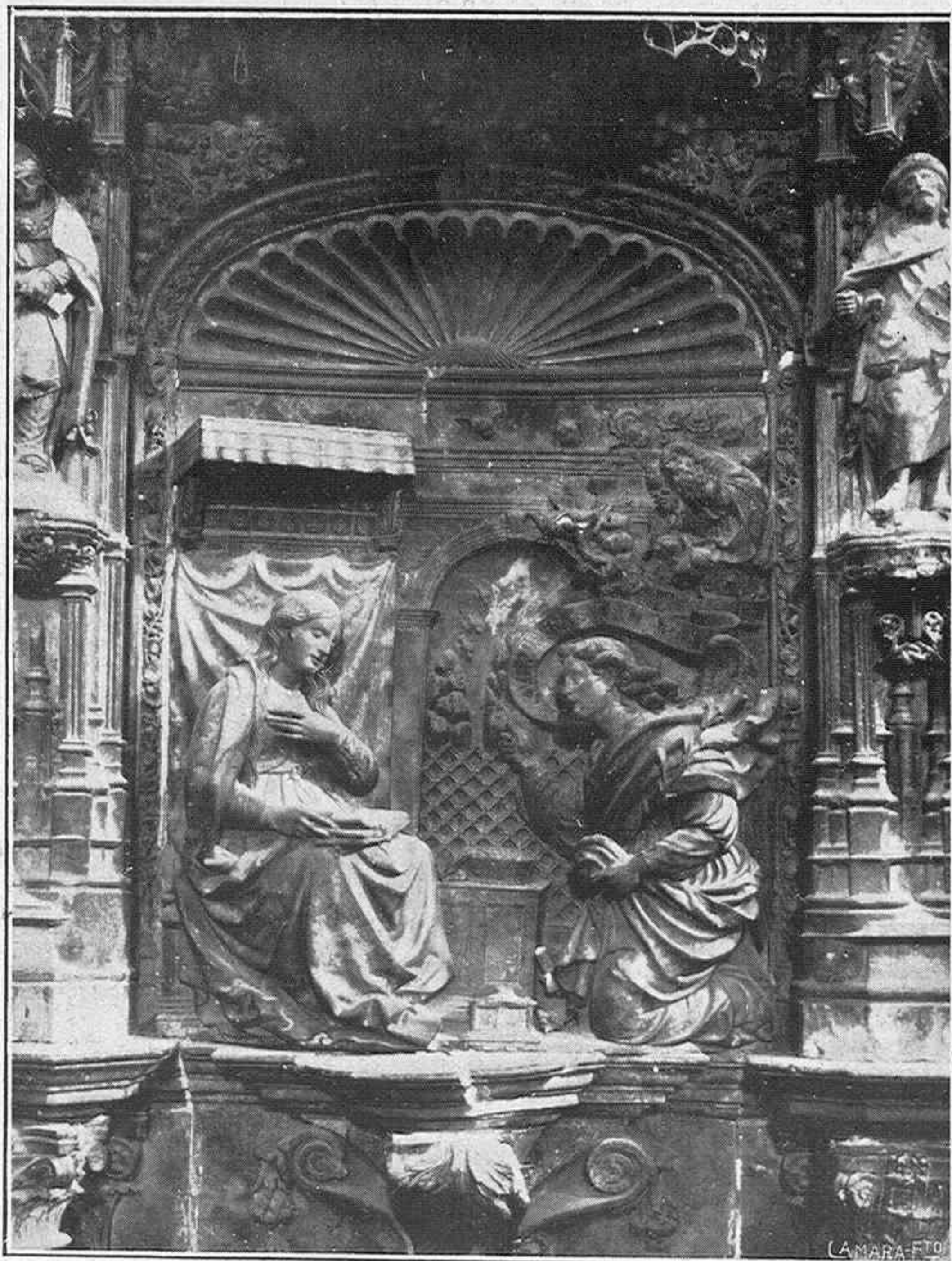
=Varela de Seijas=

JUAN. (Muy digno, casi ofendido.)—En mi casa, Rouget no necesita de limosnas.
 VIAJERO.—Perdonad... No quise ofender á nadie.
 ROUGET.—Dadme, joven. Yo acepto vuestro regalo, y lo agradezco lo mucho que merece. (Coge la bolsa y la entrega á Juan.) Toma, Juan; ya tenéis para mi entierro. (Eladia y Juan lloran disimuladamente.)
 VIAJERO.—Veo que estáis apesadumbrado en demasía.
 ROUGET.—Estoy abatido, triste, enfermo... Me siento morir.
 VIAJERO.—¡Bah! No penséis tal cosa. Haced lo posible por distraeros... Recordad tiempos mejores, si los presentes os constriñen... Referidme vuestras hazañas guerreras, vuestros triunfos artísticos... ¿De qué modo surgió en vuestra mente *La Marsellesa*? Seguro estoy de que esta evocación no habrá de entristeceros.
 ROUGET.—¡Oh! Todo lo contrario... Pero tiene tan poco que referir... Estaba yo de guarnición en Estrasburgo, en plena revolución, cuan-

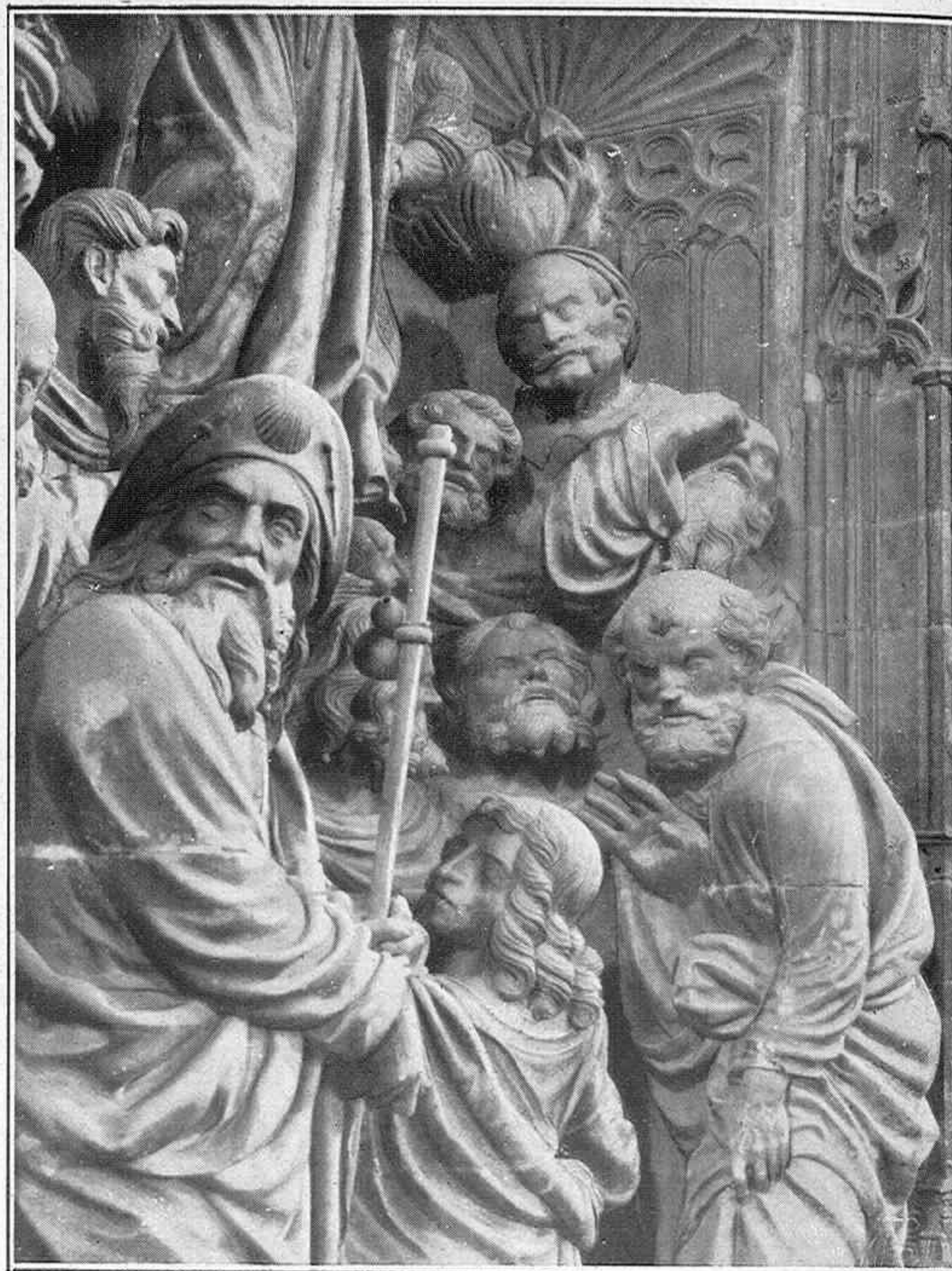
La inspiración no quiso venir en mi ayuda. Me dormí, como digo; y soñé que una matrona, de clásica hermosura, ceñía mi frente con la corona de laurel reservada al genio... ¡Fué la Patria que acudía á inspirarme!... Ello es que desperté, ya en pleno día, y me puse á trabajar febrilmente, ansioso de recuperar el tiempo perdido.
 VIAJERO.—¿Y entonces os fué fácil?
 ROUGET.—Sin la menor vacilación terminé el himno. No tuve que hacer la más pequeña enmienda, como si me dictasen al oído... Cuando llegó el burgomaestre á mi casa y oyó mi obra, abrazóme con el mayor entusiasmo... No soy yo el llamado á juzgarla; pero es lo cierto que ha dado la vuelta al mundo, electrizando multitudes.
 VIAJERO.—Así es. Satisfecho podéis estar de vuestra música.
 ROUGET.—Pues no lo estoy. Encariñado, sí; ¿á qué ocultarlo? Pero no satisfecho. Ha sido para mí un hijo rebelde. Yo no lo engendré para que se convirtiese en un canto de barbarie y crueldad... Me he avergonzado de él algunas ve-

JUAN.—Escuchad, señor Rouget... Ya vuelven los mozos...
 ROUGET. (Con alegría.)—Sí, los oigo... ¡Gracias, Dios mío!
 ELADIA. (Tratando de darle una cucharada del calmante.)—Tomad, señor.
 ROUGET.—No, Eladia; no quiero pócimas, que no han de salvarme: déjame oír tranquilo esos clamores mientras muero... Patria... Revolución... ¡Mi Marsellesa!... (Muere.)
 (El canto se ha ido aproximando. Un grupo de mozos llega á la puerta. Uno de ellos dice, asomándose.)
 MOZO.—¡Viva el señor Rouget!
 JUAN.—¡Callad! Ya no puede oiros. Está en la gloria.
 (Eladia y el Viajero se han arrodillado. El mozo se descubre é hincó la rodilla en tierra. Varios de sus compañeros, que asoman por la puerta, le imitan.)
 AUGUSTO MARTINEZ OLMEDILLA
 DIBUJOS DE VARELA DE SEIJAS

ESPAÑA ARTÍSTICA
 :: Y MONUMENTAL :: **El retablo mayor del Pilar**



Detalle de "La Anunciación"



Detalle del grupo "La Asunción"

Fue encargado de su construcción, en el año 1484, el escultor Miguel Gilbert, que empezó la obra el día 6 de Abril, falleciendo el 10 de Noviembre de 1485.

Muy poco ó, mejor dicho, nada pudo hacer Gilbert en los meses que sobrevivió al contrato; apenas si podría planear la obra.

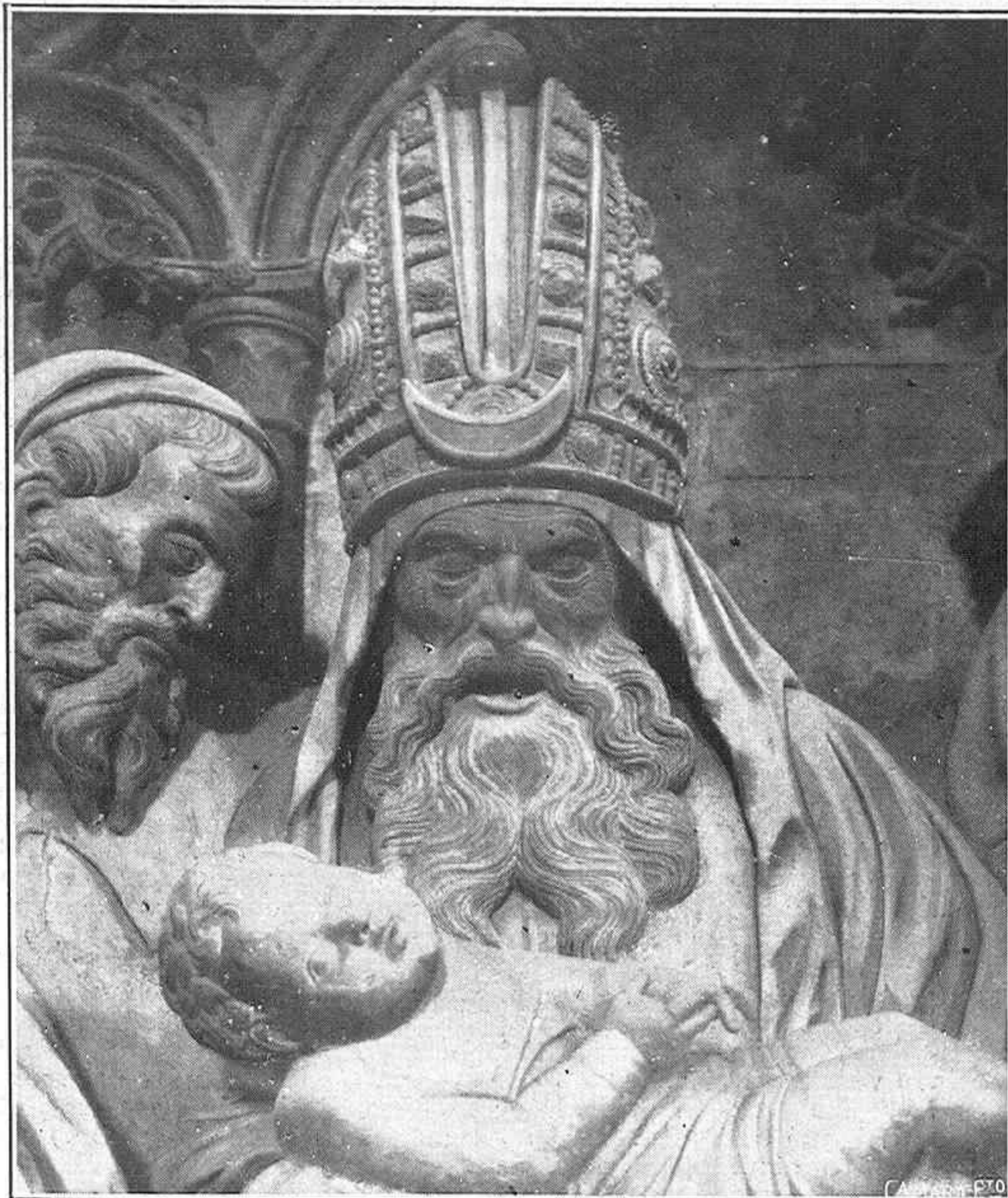
Muerto Gilbert, no volvemos á tener noticias del retablo del Pilar hasta el año 1509, en el que llegó de Valencia el escultor Damián Forment, contratado por el Cabildo de Nuestra Señora para hacer el pie del retablo y para terminarlo y asentarlo. ¿Es que fueron abandonadas sus obras hasta llegar á Zaragoza el artista valenciano?

Lo cierto es que Forment firma en 1515 una escritura con el tallista Miguel de Arabe, para que éste le haga los guardapolvos ó pulseras que encuadran el retablo, y los dorses y adornos que acompañan á las historias.

Más tarde se llama Damián, *maestro del retablo que nuevamente se hace para la iglesia del Pilar*, y esto nos indica que Gilbert sólo hizo algunas esculturas de los cuerpos centrales, las más deficientes.

El complemento del retablo, su organización y todos los detalles son de mano de Forment, que lo construyó obsesionado por el recuerdo del de La Seo.

La traza, la disposición del retablo y las formas ornamentales, todo es gótico ó, más propiamente dicho, francés en el del Pilar. Nada importa que las historias del basamento tengan en su parte superior la vene-



Detalle de "La Purificación de la Virgen"

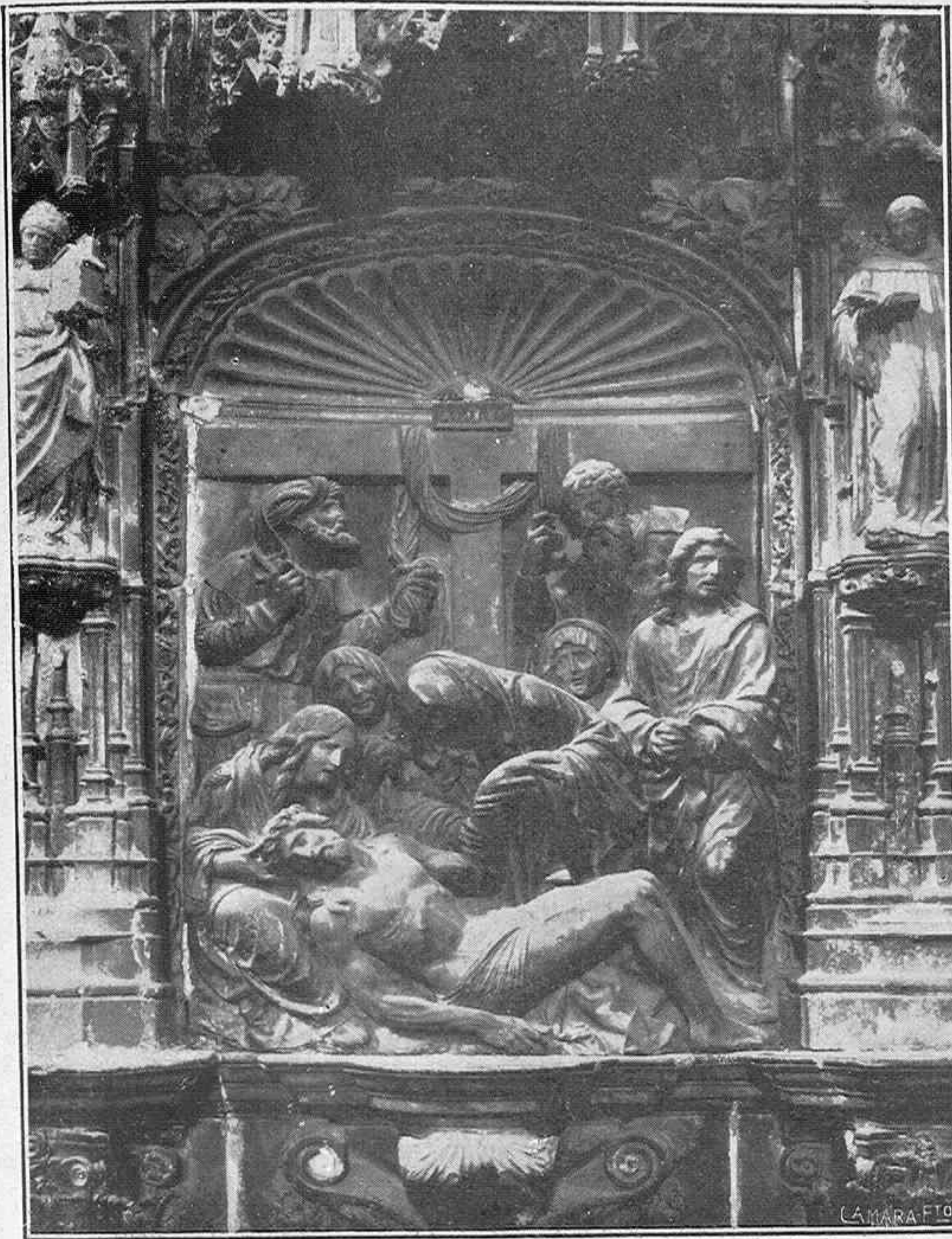
ra ó concha, tan usada por los artistas del Renacimiento español, y que las figuras sean acabados modelos del nuevo arte; esto es un detalle. En cambio domina la silueta del retablo, encerrado en sus pulseras rectangulares, como un marco que recuadra y limita toda la obra á la usanza comúnmente admitida en los retablos góticos.

La obra fue terminada en el año 1517, recibiendo por ella Forment, pagado aparte el alabastro, 1.200 ducados de oro; cantidad muy elevada para aquella época, y que da idea de lo estimado que era el arte del valenciano, el más grande escultor del siglo xvi.

El pie ó basamento está dividido en dos partes: en la inferior, y separados por ocho columnas, existen siete departamentos; en ellos labró el escultor los escudos del templo y dos medallones con retratos, uno que dicen es el suyo y otro el de su esposa, con esta leyenda: «Ecce mulier magistri quia opus fecit.»

En la parte superior del basamento hay siete altorrelieves representando la Visitación, la Anunciación, la Presentación, el Nacimiento, la Adoración de los Reyes, la Crucifixión y la Resurrección; separan las historias, pilastras con estatuillas sobre ménsulas, bajo guardapolvos calados. A ambos extremos del basamento hay dos nichos con arco de medio punto, y dentro de ellos las estatuas de Santiago y San Braulio.

Encima de la cornisa está trazada una greca de arquitos entrelazados, y de aquí arrancan cuatro pilastras, ornamentadas las columnas con



“La Crucifixión”



“El Nacimiento de la Virgen”

las figuras de los evangelistas, y doseles ojivales formando series en disminución.

El grupo central del retablo lo forma el grupo de la Asunción. La imagen de la Virgen adolece de alguna arbitrariedad en el plegado de los paños y la expresión mística de

María, que recuerda las figuras de Angélico.

Entre las figuras secundarias las hay admirables por su realismo, idénticas algunas a las del retablo de la Magdalena, de Zaragoza, obra también del gran artista Forment.

Al lado de la Epístola la historia del Nacimiento, y al del Evangelio la Purificación, que es, sin duda, la composición mejor tratada, por su modelado y por su estudio del natural. La efigie de María supera a la del centro; es más plástica y de más bella silueta. De todas maneras, las historias del basamento son mucho más perfectas, indiscutiblemente, que las del centro del mencionado retablo.

Los ángeles que rodean el óculo son los inimitables de Forment.

«Forment — dice el insigne arqueólogo don Aureliano García de Gotor — puso en estos relieves toda su alma de artista. Se adivina en los menores detalles.»

En el siglo XVIII, al verificarse algunas otras obras en el templo de referencia, hicieron desaparecer la

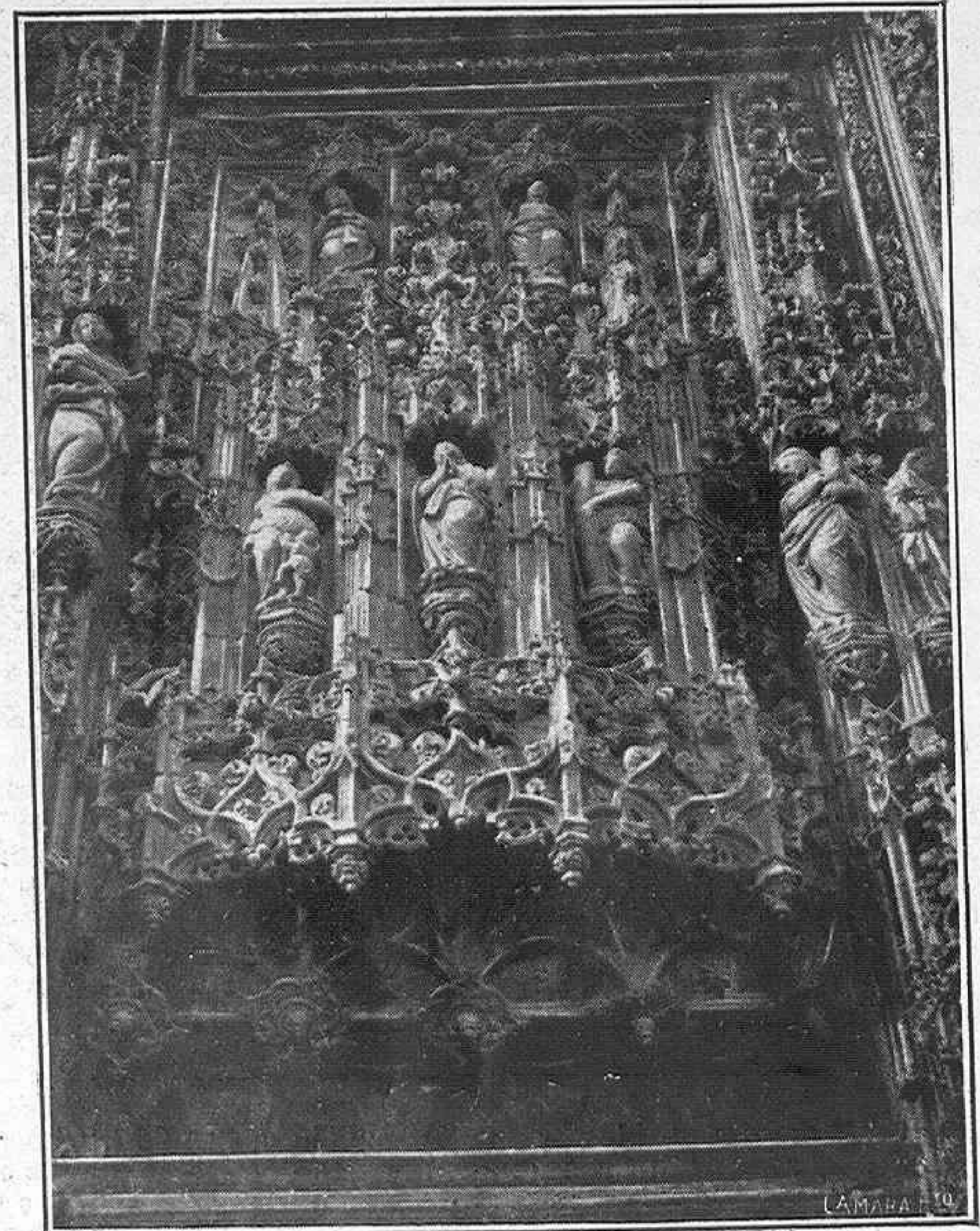
pintura y el estofado de las imágenes, para dejarlas con la tonalidad del alabastro.

MANUEL ABIZANDA Y BROTO

(De la R. A. de Bellas Artes de San Luis)



“San Braulio”



“Un dose!”

FOTS. MORA



Este que ves, lector, mesón humilde, pobre de luz y avaro de ventanas, con las negras maderas carcomidas por la lluvia y los siglos, con el ancho zaguán adoquinado y las altas paredes deslucidas, donde cuelgan albardas y colleras; este que ves, huraño y melancólico, triste mesón inválido y ruinoso, fué en tiempos ya lejanos, cuando á España regían los Felipes y el sol de su leyenda por el mundo esparcía sus relumbres, centro de animación y regocijo, academia de burlas y canciones, posada de arrieros trashumantes que de Segovia y de Alcalá venían, ahogándose de polvo en el camino; aula de hampones, rufos y virotos de larga pluma y chafarote al cinto; plebeyo trono de ásperas rabizas y mozas del partido, que hablaban una extraña germanía, con voces y ademanes descompuestos. En este patio silencioso hogaño posó la turba picaril, la turba donosa y pintoresca que hurtaba el cuerpo al potro y hacía gala de su travesura en lances de camino y de hostería; durmió en las claras noches del verano, haciendo almohada de las duras piedras, la tropa trajinante; la que de Flandes y el Milanesado tornaba á España, ruda y bravucona, melladas las espadas, que dieron á Farnesio cien victorias, y el grupo de las mozas que, al son de las

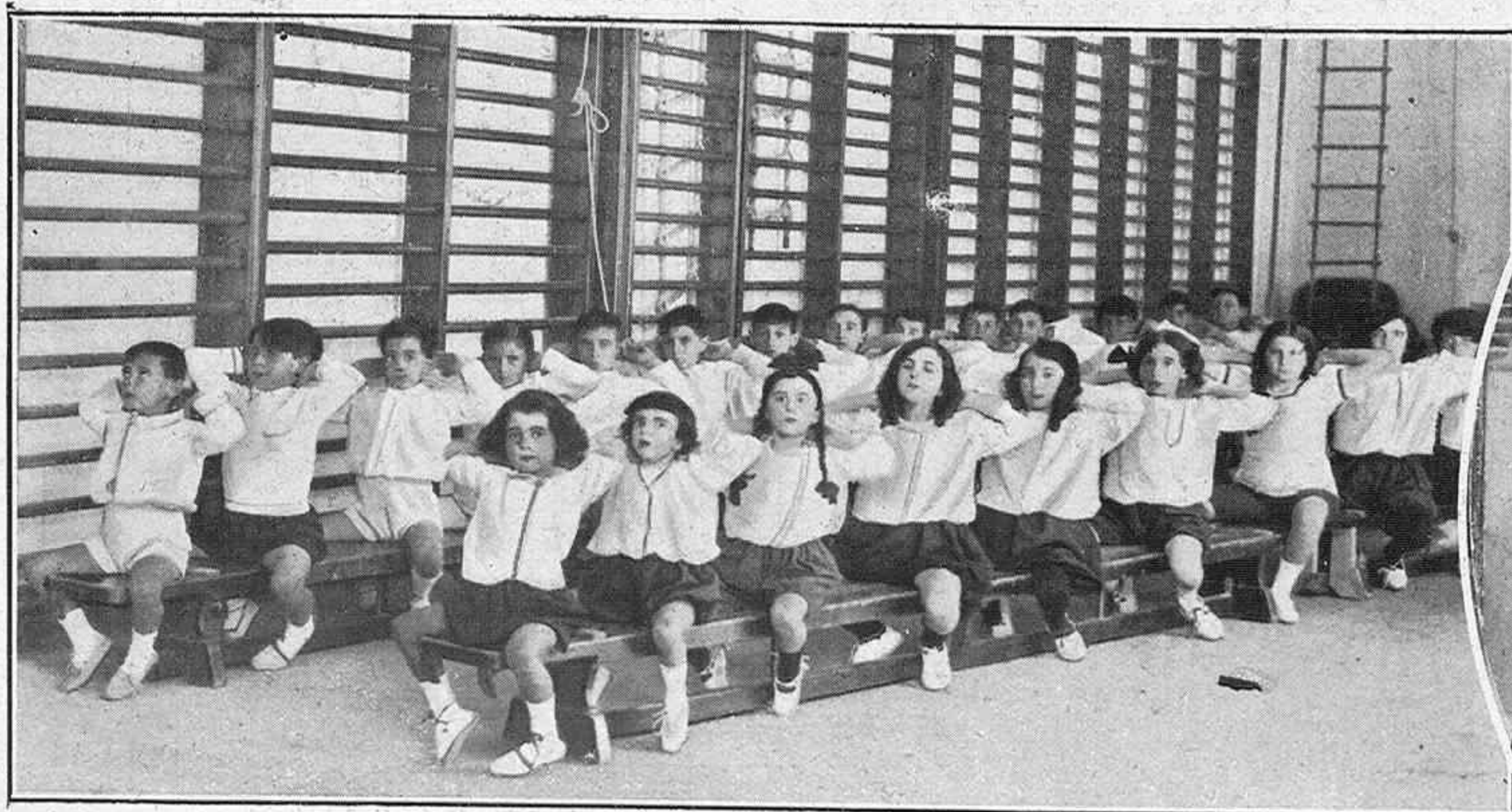
vihuelas, bailaban seguidillas. Un mesonero socarrón, el Sancho de la posada, zafio y refranero, de robusta cerviz, cabeza monda y ostentosa barriga, sonreía burlón, viendo los zaques correr de mano en mano, mientras enflaquecían los pellejos del risotero vino de la tierra. ¡Buen agosto era el suyo con la bulla! La arisca Maritornes, de opulentas caderas, servía en mesas de pintado pino los platos bien colmados de carnero con picantes especias sazonado, y rompía en sonoras carcajadas cuando un rufo valón la pretendía, hablándola de amor, mientras las manos repartían azotes y pellizcos. Y la ronda del rey, que vigilaba por calles y plazuelas, desarrugaba el ceño ante un jarro de Arganda y unos cuantos escudos que hinchaban sus manguadas faltriqueras. ¡Mesón de ayer, ruinoso y olvidado! Hogaño ya no tienes la ruidosa alegría de los mozos de mulas, birladores, hampones y verrugos que ayer en ti posaron con gala de sus trampas y embelecos. Eres hórrido asilo de viejas charlatanas y golfillos desnudos, lugar de discusión, plaza, herradero, cobijo de holgazanes, colegio electoral, cualquiera cosa de los prosaicos días actuales.

BIEN
BIBLIOT

CAMARA F. 19

HORAS DE MADRID

La revolución desde el plinto...



La clase mixta de niños entrenándose sobre el "banco pedagógico"



El doctor Bartrina, "escultor del músculo" é importador de los métodos suecos de cultura física

HAY quien se acuerde ya de las señoritas de 1900?...

Eran unas absurdas muchachas que barrían el polvo de las aceras con los bordes de sus faldas, cuando no se resignaban al suplicio de tener un brazo perpetuamente inmóvil y contraído por el violento ademán de «recogerse»... Eran unas absurdas muchachas que empleaban toda su voluntad y toda su constancia en deformarse el cuerpo entre las ballenas del corsé, de cuyos cordones tiraban la doncella por un lado y la cocinera por otro, para que, en fuerza de estrujar los pulmones y las vísceras de la señorita, la señorita tuviera un «bonito talle», de acuerdo con la estética de las hormigas y de las avispas... Eran unas absurdas muchachas que andaban lo menos posible y lo más despacio posible, porque andar mucho y de prisa era «cosa de marimachos»... Eran unas absurdas muchachas que se privaban de alimentarse, porque «comer era ordinario», y bebían vinagre para estar pálidas, y bailaban polcas y vales, y se devanaban los sesos para encontrar un «colmo» nuevo...

Pues bien, si hay quien se acuerde de aquellas señoritas de 1900, que piense en el asombro con que nos habrían escuchado, si por aquel entonces les hubiéramos predicho que sus hijas, las muchachas de 1919, habían de ser como son: muy prácticas, muy enérgicas, muy sanas, llevando las faldas por las rodillas y el cuerpo libre de corsé, practicando el *footing*, el automovilismo y el *tennis*; dadas á comer con apetito de labriegas, y aficionadas á dejarse tostar por el sol y curtir por el viento; acostumbradas á salir solas, sin séquito de madres ó de dueñas, y en fin, fervientes de la educación física y entrenadas en los ejercicios gimnásticos, como campeones de «boxe»...

Nuestras lejanas novias no nos hubieran creído... Menos nos hubieran creído nuestras aun más lejanas y eventuales sue-



Un descanso en derredor del plinto



Una postura gimnástica mucho más difícil de lo que á primera vista parece

gras... ¡E pur, si muove!... El mundo gira y se desplaza, quiéranlo ó no lo quieran las tradiciones, y se transforma y progresa todo, incluso ese espíritu femenino que en España parecía enclaustrado en el alvéolo de un sedimento milenario y en proceso de fosilización...

ooo

Hoy es día reservado á las damas y negado á los caballeros en el Instituto de Educación física. Llamamos á la puerta y decimos la palabra del sésamo... La puerta se abre... Estamos dentro...

El doctor Bartrina, fundador y director de la Casa, nos toma bajo su protección, y nos lleva hacia el gimnasio. Nuestra presencia da lugar á un revuelo de pudores; pero Bartrina anuncia: «¡Son periodistas!»... en el mismo tono en que podría decir: «¡Apenas si son hombres!»... La alarma desaparece... Vestidas con la blusa flotante y el bombacho corto, las discípulas del «escultor del músculo» vuelven á sus habituales ejercicios, se adosan á las «espalderas», saltan por encima del «plinto», se cuelgan del «bome» á fuerza de manos y trepan con agilidad felina por el «cuadro»... Es admirable, y admiramos...

Bartrina, en tanto, nos documenta, y para ello toma como punto de partida los orígenes, nada menos:

—A medida que la Humanidad ha ido apartándose de la vida natural—nos dice el doctor—, la civilización ha hecho perder á la especie sus mejores cualidades fisioestéticas: actitud habitual correcta, lozanía, destreza, agilidad, fuerza, resistencia; en dos palabras: salud y belleza... En

cambio, hemos adquirido caracteres más ó menos patológicos y antiestéticos...

—¡Tan feos somos, doctor...! Y, sin embargo, hay aquí muchachas adorables...

—También las hay obesas—replica Bartrina, inclemente, y sigue hablando de la necesidad de volver á la vida natural; al aire, al sol, al ejercicio, aprovechando las remotas lecciones de los espartanos y las que hoy nos dan los pueblos del Norte, especialmente Suecia, que posee una Facultad de Educación física, en la que se gradúan médicos, pedagogos y militares de todos los países del mundo, excepción hecha de España, y cuyas teorías y prácticas son universalmente aceptadas...

De la prehistoria hemos pasado á la historia. Lo más prodigioso de ella no es que en Estocolmo exista un «Instituto Real y Central de Gimnasia», sino que en Madrid haya podido Bartrina instalar, sobre la base de un presupuesto que aterrera, un Instituto de Cultura física á cuyas clases para niños, para señoritas y para muchachos, asiste puntual y asiduamente nuestra juventud aristocrática: la sucesión de los Villamejor, de los Tovar, de los Casal, de los Sancha, de los Villatoya, de los Dóriga, de los Campuzano, de los García Hurtado, de los Maura, de los Sterling, de los Pidal, de los Urquijo, de los Salaberri, de los Velarde, de los Solana, de los Roberts, de los Reparaz, de los Lara, de los Dahlander, Agnader, Prados, Puig, Rivas, Blanco, etc... Decididamente, entre estas muchachas de 1919 y aquellas otras de 1900, hay, espiritualmente, un siglo; y, durante él, nuestra vieja España ha sido conquistada y renovada por ese afán modernísimo de energía, de fuerza y de salud que los norteamericanos llaman *the push*... Es una gran suerte para la ética y para la estética de la raza: los hombres renunciarán á las ocho horas diarias de café ó de casino; las mujeres abreviarán las visitas y las devociones; ellos ganarán en inteligencia, y ellas en belleza, y cuando ellos y ellas colaboren, la obra común, los niños, ganarán en alegría y en salud...

Claro es que de nada de esto les importa un bledo á nuestros gobernantes, y que ninguno de nuestros ministros de Instrucción pública se ha preocupado jamás de los nuevos sistemas de cultura física que se enseñan en la Facultad escandinava... ¡Dan tanto que hacer los intrigantes, los protegidos y los parásitos en los ministerios!

Pero es de esperar que, así como todo acaba, llegue también á su término, alguna vez, nuestra inercia nacional; es de esperar que amanezca un día en el que, hartos de servir de pedestal á los ineptos y á los bribones, decidamos nosotros, españoles, gobernarnos conforme á nuestros merecimientos; es de esperar que, al fin, dejemos de pagar con el dinero que no nos pertenece, porque es de nuestros hijos, la orgía de los paniaguados, de los aduladores y de los cínicos; la orgía de los incontables señoritos de la derecha, del centro y de la izquierda, que si toman postura es sólo para medrar.

... En ese día comenzarán los «Centros oficiales» á preocuparse de que los maestros puedan no morir de hambre y de que sean esos maestros los necesarios para que todos los niños españoles aprendan á leer... Y en ese día, también, habrá en España tantos institutos de cultura física como escuelas de primera enseñanza, y, dignificándonos, habremos dignificado la raza...

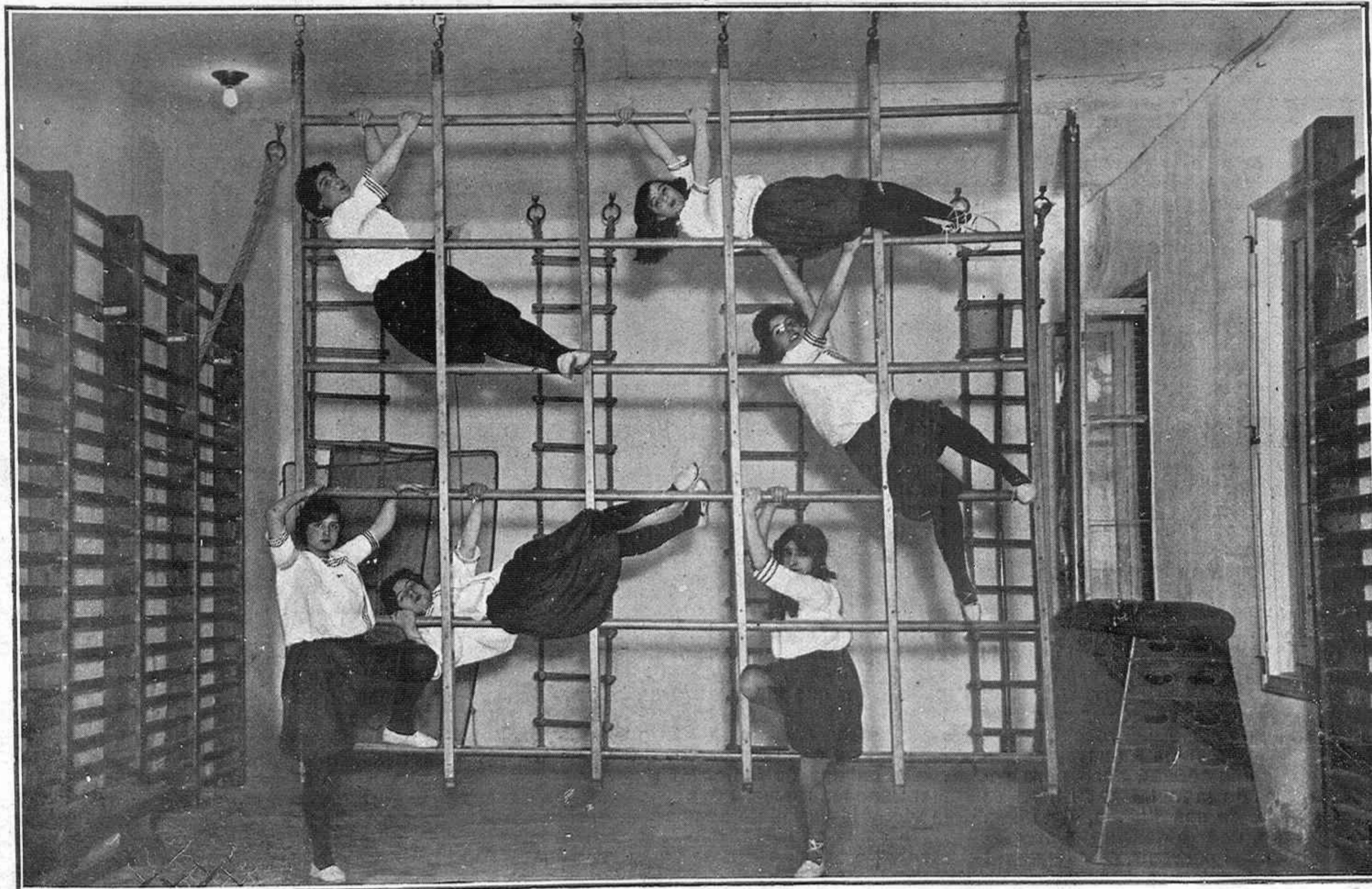
ANTONIO G. DE LINARES



Un ejercicio de conjunto para "hacer pulmones"



"Haciendo brazos"



Las hijas del ilustre pintor D. Cecilio Plá y de los marqueses de Sancha "haciendo agilidades" en el "cuadro"

MIENTRAS LLUEVE



UN día gris, con viento frío en las calles, bajo un palio de nubes cenicientas. A ratos, la lluvia tamborilea en los cristales.

Frontero á mi balcón hay otro en una casa de señoril aspecto. A través de los vidrios se divisa una estancia iluminada por los opalinos resplandores de la chimenea. Se adivina una sensación de calor y de aromas, sobre unas alfombras blandas como el césped, bajo un artesonado lleno de flores, á la luz tamizada de un globo cristallino que esparce pálidos reflejos de color de rosa, mientras la llama va consumiendo un tronco seco y levanta dorados haces de chispas.

La habitación tiene su maga. Es una mujer niña que ha retratado en sus ojos las primeras perspectivas del mundo y comienza á interrogar á la vida, curiosa del destino que la aguarda. Hace poco se extinguieron las últimas armonías del piano, que aun permanece abierto, como esperando nuevas caricias sobre sus teclas de marfil. Ahora la mujer-niña, próxima á un velador donde gallardea un violetero, débil y quebradizo, abre un libro y repasa brevemente sus páginas. Después se abisma en ellas y lee con atención, como si el libro le hubiera descubierto de pronto un mundo nuevo, de horizontes desconocidos é inexplorados.

Acuciado el deseo por la gentil visión de la maga lectora, siento con fuerza el espolazo de la curiosidad. ¿Qué libro es ese, forrado de piel y con doradas cantoneras, que se abre en las manos de la mujer-niña? ¿Con qué voces hablará á su alma joven, despertándola á nuevas sensaciones ó adormeciéndola poco á poco para calgar por los reinos de la fantasía? El libro es el secreto confidente de una ilusión, de algún recuerdo del pasado, de una delicia del presente, de una esperanza del porvenir. ¿Y cuál podrá ser el ensueño que acaricie una imaginación en brote y un alma que se dispone á emprender

por los desconocidos espacios el primer vuelo?

He pensado en una elegante anaquelera donde unas manos de mujer hayan alineado, como soldados de un ejército, unas docenas de volúmenes primorosamente empastados, mostrando con gentil coquetería sus lomos de diversos colores, con nombres, rótulos y lemas que son siempre un símbolo ó una evocación. Primero unos libros severos, tristes, con una cruz dorada sobre el fondo negro, de piel, con orlas minúsculas y letras floridas que hablan de infinitos anhelos y remotas aspiraciones. Tal vez *La imitación de Cristo* ó *la Ciudad de Dios*, cuyas páginas son purísimo manantial donde pueden saciar su sed de gloria los que mueren porque no mueren... Luego, algunos de profunda meditación y grave estudio, en cuyas páginas brillan como luces eternas las críticas, dudas é investigaciones con que los inmortales quisieron señalar nuevos derroteros al mundo y abrir nuevos caminos á la verdad. Tal vez Platón, Descartes, Kant, Spinoza, Schopenhauer, alzando el vuelo como águilas caudales para remontarse á lo desconocido... Después otros claros y luminosos, como mañanas abrilenas, libros de placidez y serenidad, con ruido de fontanas y aroma de frutas en sazón, evocadores libros donde elevan su voz majestuosa, como de dioses, Horacio, Juvenal y Virgilio. Y más allá los trovadores, los poetas, los que inmortalizaron la epopeya, forjaron la leyenda, arrancaron á la historia y á la tradición sus secretos, leyeron en el misterio de las ruinas y en la corriente de los ríos, descifrarón el enigma de los campos mudos y sorprendieron en los rumores de la Naturaleza en calma la voz y la armonía de una solemne pastoral...

De estos adivinos, poetas y amadores, ¿cuál será el preferido por la maga lectora? Quizá Gonzalo de Berceo ó el Arcipreste, en cuya fábula tiene sus primeros balbuceos el recio idioma

de Castilla. Acaso el hidalgo andaluz que escribió *la Cena jocosa*, ó el soldado trovador que rimó el primoroso madrigal de los ojos claros. ¿Quién sabe si los divinos maestros que cantaron á Laura y á Beatriz, ó aquellos otros que han inmortalizado con sus versos el sacrificio de Desdémona ó el idilio de Julieta y Romeo al claro hechizo de la luna! O estos otros que son íntimos confidentes del amor y la juventud: aquel que vió en el fondo del lago el quimérico resplandor de los ojos verdes; aquel otro, sencillo y patriarcal, que leyó como pocos en los repliegues del alma femenina, ó este altivo, galante y señor que ha cincelado en las páginas de sus libros, como en un mármol, los nombres de la princesa de Imberal y de la marquesa Rosalinda y los de Adegá, Rosa Galaus y Tula Varona.

De pronto la mujer-niña deja el libro y se abandona en actitud soñadora. No son sus años juveniles propicios á las graves meditaciones, y por eso le ha ganado la voluntad algún capítulo novelesco ó la sutil estrofa de un poeta. La chimenea, quizá medio apagada, no esparce ahora sobre los muros de la habitación sus opalinos resplandores, y el tulipán cristallino tiene una luz débil y melancólica. Parece un momento confidential que trae á la imaginación unas nieblas azules, entre cuyos hilos parecen tener vida mortal los héroes soñados en los libros.

Lánguidamente recostada sobre el velador, los ojos soñadores, las manos en gentil abandono, abierto el libro todavía por las páginas preferidas, la mujer maga sueña. Sueña como si su alma niña descansara en la placidez de un claustro desierto ó á la vera de un río, mientras corren, valle abajo, las aguas cantarinas.

Y la lluvia sigue tableteando en los cristales.

JOSÉ MONTERO

DIBUJO DE PENAGOS

EL DESEO



«El deseo es un vaso de infinita amargura, un pulpo de tentáculos insaciables, que al par que se cortan renacen para nuestra tortura. ¡El deseo es el padre del esplen, de la hartura, y hay en él más perfidias que en las olas del mar!»

Amado NERVO

¡El deseo!... ¡Mil veces lo maldije! El deseo es lo que me tortura y amarga la vida...; la ansiedad por el logro es lo que no poseo... ¡y después que lograda cualquier ambición veo, inconsciente mi alma para siempre la olvida!

¡El deseo!... ¡La ansiada mujer deslumbradora que pasó ante nosotros—cual enigma risueño—; la mujer arrogante, la mujer seductora que en nuestro pensamiento estuvo, hora tras hora, como las obsesiones que nos quitan el sueño!»

El deseo de una felicidad suprema...; de llegar á la cumbre de la anhelada gloria; de escribir el más áureo y divino poema; de lograr la fortuna, para muchos emblema del gran todo en la vida: ¡la más alta victorial

¡El deseo!... Bien quisiera dominarle y tenerle como un mísero esclavo... ¡Cuán feliz fuera así! ¡Y cuánto, cuánto diera por humillado verle! Pero—¡oh, hermano artista!—¡yo no puedo vencerle! ¡Es el deseo maldito el que me vence á mí!

¡Oh, poeta, que escribiste sobre el deseo! Te admiro si logras el vencerlo con tu renunciación. ¡Yo vencerle no puedo y en sus garras deliro; y aunque en constante lucha, á dominarlo aspiro, no puedo ante su halago y ante su seducción!

DIBUJO DE ECHEA

Eduardo DE ORV

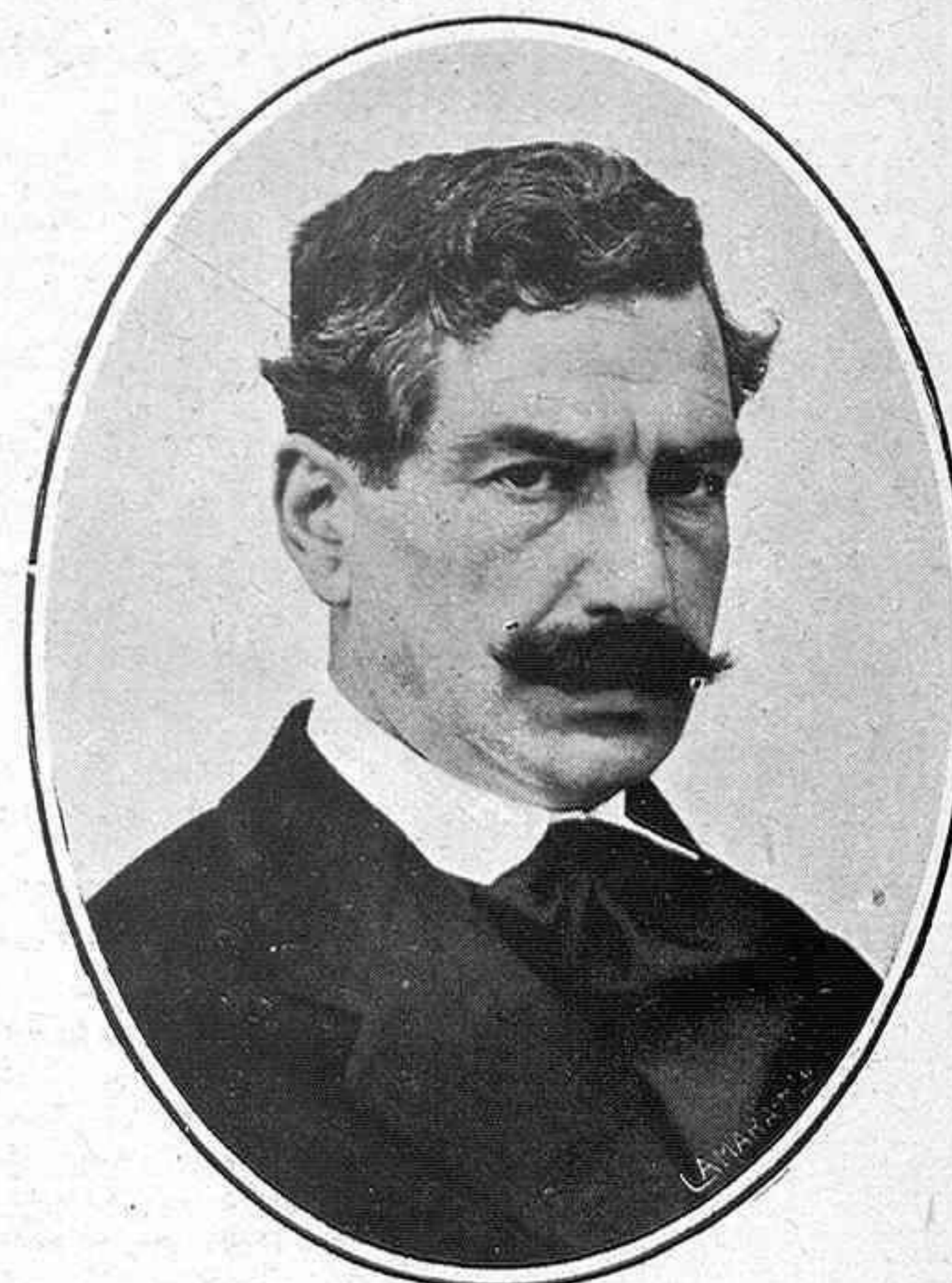
EL PINTOR DE ASTURIAS **EVARISTO VALLE**



“La romería“

Poco á poco van volviendo á España los que hubieron de abandonarla dolidos de la incomprensión española. No solamente Zuloaga ó Anglada, los del renombre universal, sino también—y más asequibles—los otros de la reputación cordial, íntima, al otro lado de la frontera. Antes de ayer, Vázquez Díaz; ayer, Iturrino; hoy, Evaristo Valle. Francia y toda esa enorme crisis—sinceridad, partiprismo, ingenuidad, literaturía, extravagancia y honradez—de la pintura francesa después de los impresionistas les ha seducido, les ha renovado y les ha con-

sentido ver luego á España con miradas nuevas. No tanto lo externo y pegadizo de la manera, del estilo influenciado y semejante á otros franceses, alemanes, italianos, rusos, dentro del post-impresionismo, cuanto esa fuerza racial que en el fondo tenían sus cuadros, otorgaron á Iturrino, á Vázquez Díaz, á Valle—por citar solamente los tres cuyos retornos son más actuales, puesto que no podía olvidarse, por ejemplo, en otro caso, á Darío de Regoyos—victorias legítimas en las Sociedades artísticas de Francia. Antes de que la crítica española—¡eso que aquí se



EVARISTO VALLE
Ilustre pintor asturiano



“Pin y Rosa“

llama crítica!—pudiera afrontar el antagonismo estético de esa pintura, eficazmente dotada de su primordialidad técnica, la crítica francesa afrontó como una identidad de concepto y de visión. Entre los nombres de los nuevos, de los avanzados, sonaban, como otros no menos juveniles ni certeros, los de esos tres españoles que sucesivamente ha ido recobrando España, á pesar de que tal vez todavía no les merezca del todo.

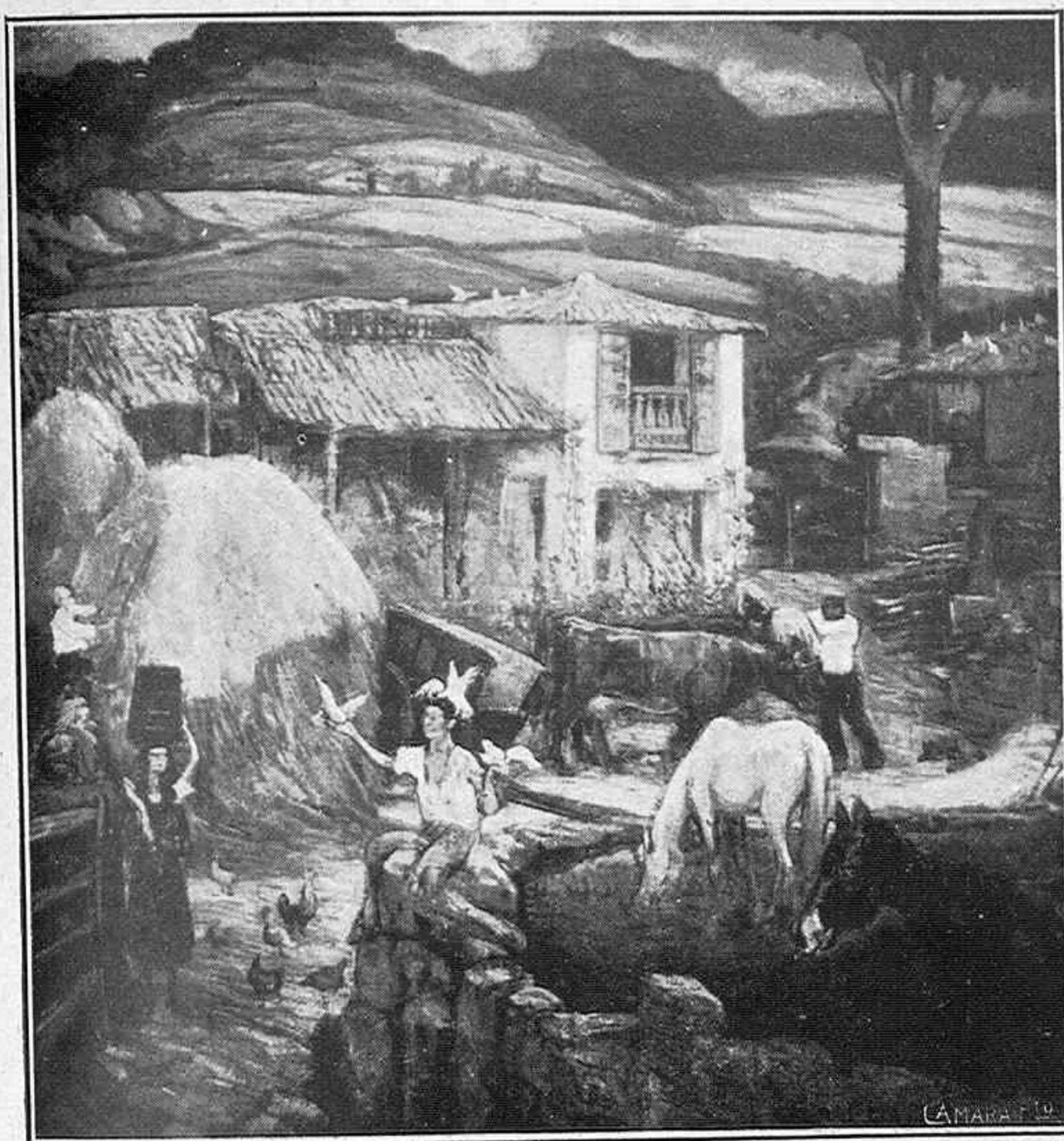
Evaristo Valle está colocado desde el primer momento fuera de las trayectorias ejercidas por sus compañeros de demarcación geográfica y de época. Su Asturias no es la Asturias de otros pintores asturianos, y es, en cambio, la verdade-

ra Asturias, destacada al fin en este renacimiento artístico de las regiones españolas—donde tan afirmativo lugar tienen las tendencias nórdicas—con todo su encanto bravo y melancólico.

Son de Asturias estos verdes jugosos y múltiples, estas costas hurañas, estos cielos plúmeos, estos caminos entre prados y á lo alto de montes, estos desfiles de mujerinas con *gochas* á la cabeza, estos marineros caídos, indolentes, sobre los malecones, ó erguidos, interrogadores, en las rocas, á contra luz del horizonte estremecido de presagios. Bien de Asturias estas romerías, con sus giraldillas arcaicas, sus avellanas verdes y su policromía de trajes campesinos, bajo la umbria de los castañares; bien de Asturias esas procesiones ingenuas á lo largo de los pueblos húmedos de mar ó de niebla, en las calles de muros grises; bien de Asturias esas trocadas de los caballotes blanquisucios que llevan sobre sus lomos al cura, la lechera ó á un rapaz diminuto y medio desnudo; bien de Asturias ese sentimiento primitivista de las figuras humildes sobre los fondos eglógicos que alguien, por exceso de sagacidad, pensó hallado en Puvis de Chavannes, y que, sin embargo, es claramente, expresivamente asturiano.

Valle, hijo del Norte, tiene un espíritu sutilísimo, propicio á las cumbres filosóficas y á los recovecos de la ironía. Ama la bronca polifonía del mar y el *babie* arcaico, dulce de los aldeanos. Ha recorrido el mundo, ha escrito libros, y siempre—hasta encauzar aquí de un modo absoluto y definitivo su temperamento—ha pintado cuadros.

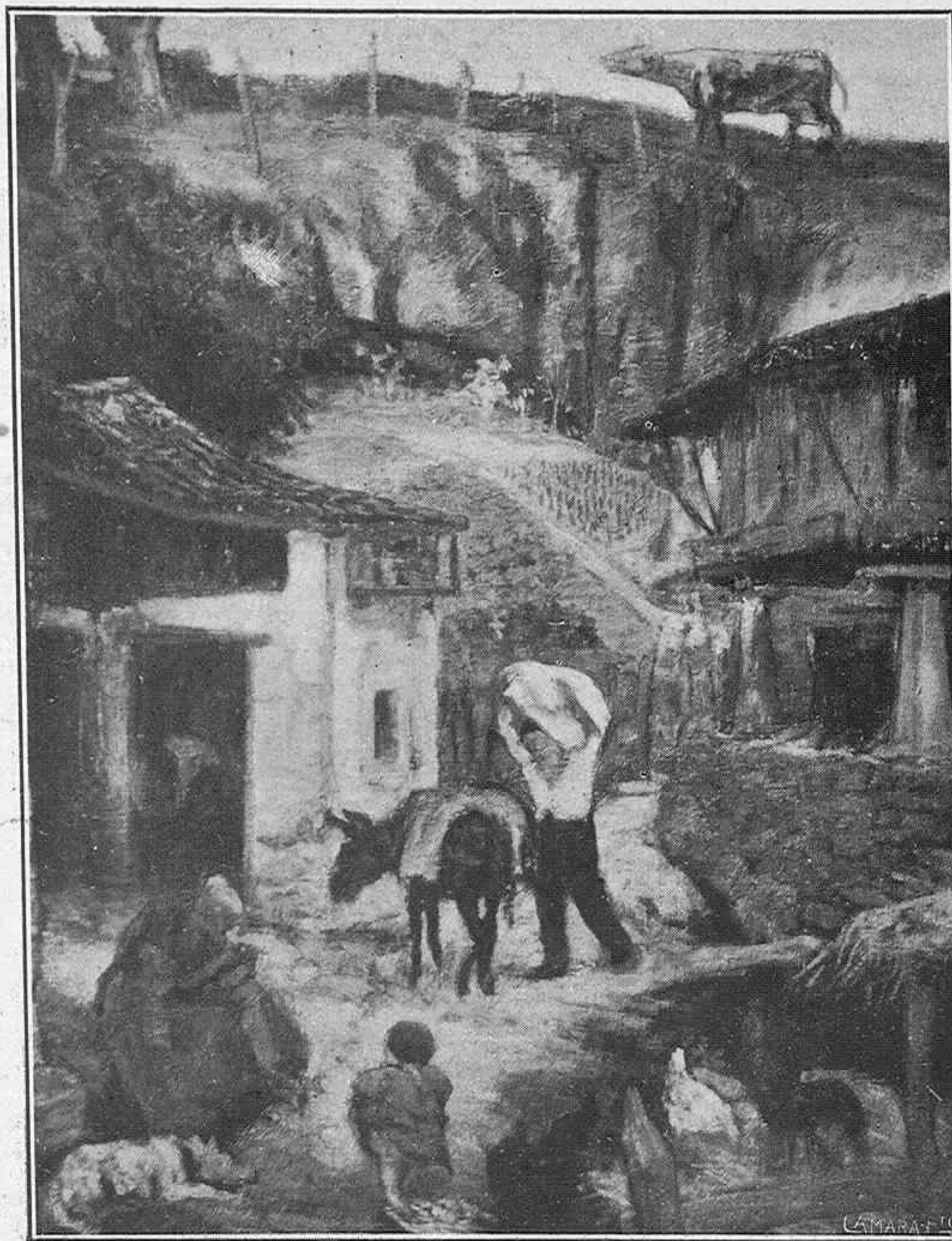
Digo cuadros, porque la más reducida de dimensiones y de asunto de sus pinturas es ya un cuadro, por como está concebida, compuesta y desarrollada. Y sin perder esa cualidad realística, esa fuerte sensación naturalista que brota de ellas como un hábito de la tierra ó como la melancolía de una copla popular, todos sus cuadros responden al criterio de un gran



"Las palomas"

decorador. Composiciones murales, de una armonía tal—de una calidad tal, que recuerda la pintura al fresco con colores al óleo—, son, por ejemplo, *La corrada*, *Las palomas*, *Rosa y Pin*, *Cudillero*, *La señora*, dignas de fijar en los muros de una casona hidalga de Asturias la amable evocación bucólica de su vida rural ó de su vida marinera.

Tan apasionado es el afán de Evaristo Valle en interpretar esos dos aspectos de Asturias: la costa y la campiña, que empalidece y desvirtúa sus otros cuadros carnavalescos ó satíricos. Las escenas de Carnaval tienen un romanticismo enfermizo que hace pensar en Schubert; las escenas satíricas se supeditan de-



"La corrada"

masiado á la obsesión grotesca deformativa. En cambio, ¡qué inagotable corriente de emoción, de sentimiento, de ternura surge, espontánea, de los demás cuadros que comentan los valles pomposos, los montes austeros y la mar libre!

Inevitablemente, esos eunucos de la sensibilidad, esos impotentes literarios que reprochan á los sensibles y á los capacitados el que hagan literatura y capítulos de novela frente al arte, aquí se roerán las uñas y sentirán exacerbada su gastralgia crónica, viendo que esta pintura de Evaristo Valle es grandiosamente literaria y grandiosamente sencilla al mismo tiempo.

La pintura de Valle es patética, idílica, áspera, dulce, serena, tempestuosa, sonriente ó melancólica, según el tema elegido. ¿Cuán bárbaro y desolado no es, por ejemplo, ese pescador de la blusa blanca sobre las rocas violeta y el mar densamente azul, sin otro testigo de su acecho solitario que el perro sórdido y lúgubre, de las lanas blanquisucias, sentado junto á él? ¿Qué claro optimismo no sugiere, por el contrario, esa cabalgada del señor cura, á través de los maizales nuevos, seguido del potro

que relincha, tímido, y se le doblan sus remos, demasiado débiles? ¿Cómo no recordar temas clásicamente paganos frente á esa escena de *Las palomas*, ó no sentir toda la cólera de los glebarios, de los siervos tradicionales en esa otra escena que se titula *La señora*?

Y todo ello pintado de un modo casi didáctico para los pintores. Es un formidable colorista, un temperamento portentoso educado por la convivencia de los post-impressionistas franceses. El color tiene en Evaristo Vallé calidades de una riqueza y de una frescura inéditas. Sus azules, sus grises, sus rojos están plenos de madurez y de jugo.

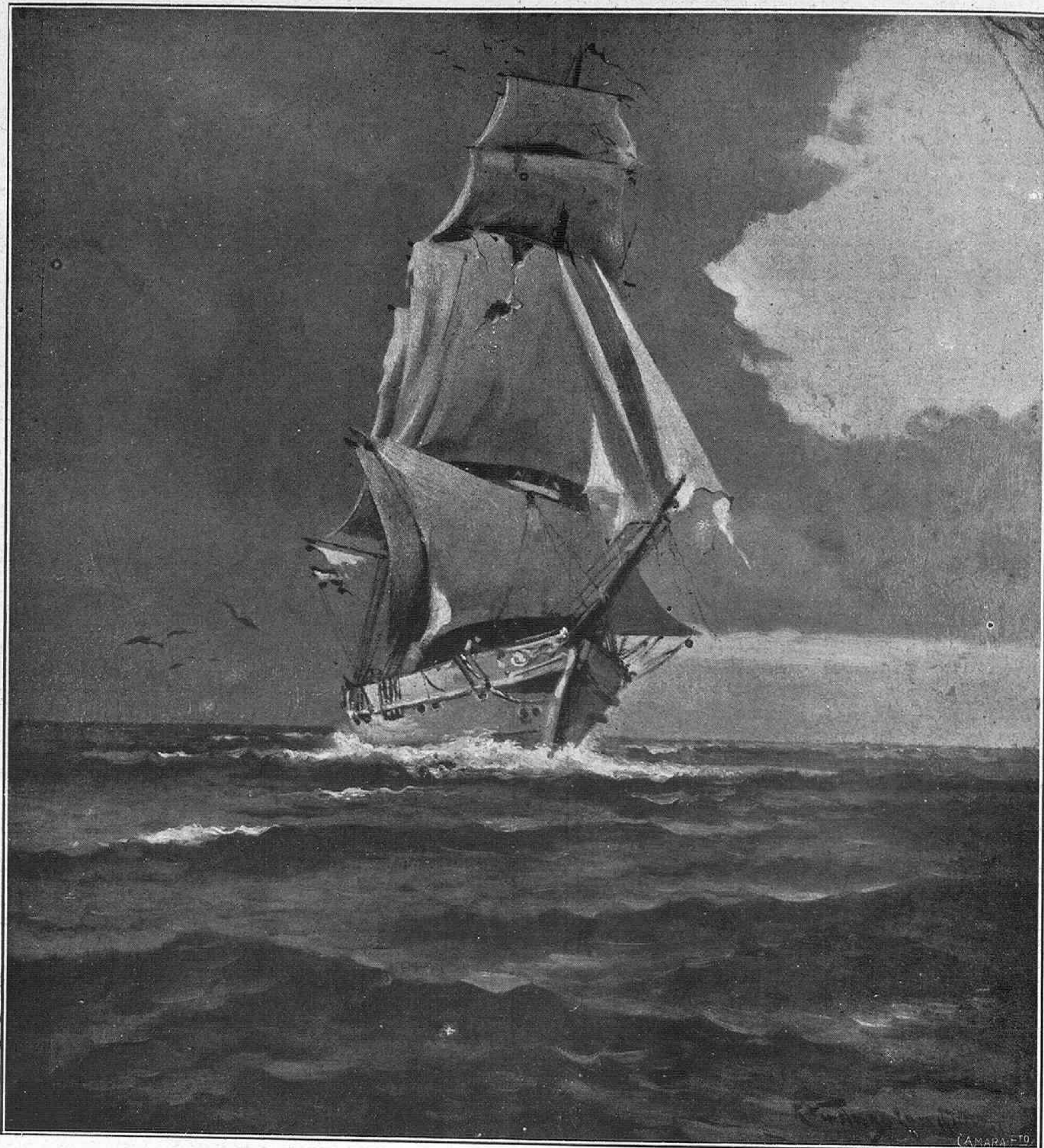
SILVIO LAGO



"La procesión"

POEMAS DEL MAR

(NEO-LIRISMO)



HA SALIDO DEL PUERTO

Ha salido del puerto
mi esperanza
de alas afirmativas...
El horizonte ha abierto
una interrogación
entre el cielo, las olas fugitivas
y mi corazón...
Atadas á la estela
de mi audaz galera
todas mis desconfanzas caufivas
piden con voz plañidera
sus alas
para tender el vuelo...

+++

¡QUÉ PAVOR ANTE LA NOCHE INCIERTA!...

Ellas gimen, pero mi alma alerta
vigila al ruiseñor del ensueño
que quiere ir á la luna,
ipues cree ingenuamente
que es la luna
la más madura y grande
de todas las estrellas!...

HE VISTO UN BARCO ABANDONADO...

He visto un barco abandonado
con rumbo hacia playas ignotas.
Entre sus mástiles empavesados
revoloteaban las gaviotas.
Los gallardetes y banderolas
agitaban sus alas y sus colas...
y el gran velero,
independiente y libre,
danzaba con las olas...
Y, en tanto,
allá en el horizonte,
las nubes, en complot,
fraguaban tempestades...
¡Ah!... y en el palo mayor
las golondrinas emigrantes,
que iban hacia el olvido,
habían hecho su nido...

+++

SOY EL PALO MAYOR...

Soy el palo mayor del ligero navío...
¡Soy el palo mayor!

El más gallardo abeto de la selva.
El más altivo mástil que tremola
un alegre oriflama.
La gran vela de púrpura,
hinchada de esperanza,
la que lleva al navío hacia la aurora
de luminosas playas,
sujeta está á mi tronco esbelto y fuerte...
Soy el palo mayor de la nave ligera.
¡Soy el palo mayor!
Aquel que está más cerca de los astros,
aquel en cuya cofa va el vigía,
el que primero ve las nuevas tierras,
el que recoge la postrer mirada
de los puertos que quedan tras la estela,
y el que recibe las de bienvenida...
¡Soy el palo mayor!
El primero que hiere, en las tormentas,
al cielo hostil, como una altiva lanza...
¡Y el primero también herido por
el rayo!...

Ramón GOY DE SILVA

DIBUJO DE VERDUGO LANDI



"Casas de Guisando (Sierra de Gredos)", cuadro de Huidobro

LA MUJER QUE ESPERABA

EN el pueblo la llamaban la *tía Negra*. Vestía siempre y totalmente de negro. El sol y el aire le habían curtido la piel ennegreciéndosela. Negras eran también sus palabras, donde siempre se invocaba ó se maldecía á la muerte. Los niños huían de ella; las mujeres la temían, y salía al paso de los excursionistas forasteros como un presagio de las partidas, como un reproche de los retornos. Y, sin embargo, era inofensiva para todos. El dolor y el infortunio propios se detenían en ella misma. Acaso alguna vez tuvo trágicos deseos para los que emprendían las rutas altas de las cimas puras y los senderos peligrosos; quizá imaginó posible saciar su soledad con el espectáculo de otras maternidades solitarias; pero nunca dejó traslucir, si los imaginó, estos pensamientos. Iba y venía silenciosamente con sus harapos negros, sus ojos negros, su carne negra, sus lamentos negros por este pueblo, que en invierno es blanco de nieve, y en verano blanco de sol. Antes de merecer el apodo, la *tía Negra* era una viuda que contemplaba deslizarse la vida humilde y feliz junto á su hijo. El mozo trabajaba en una herrería y los jornales iban íntegros á las manos de su madre. Tenía novia, y ya se hablaba de boda para un plazo próximo. Pero súbitamente acometió al pueblo la codicia del excursionismo. Primero en los veranos; luego ya en todo tiempo, menos en los tres meses ásperos y hostiles de verdadero invierno, cuando la nieve bloquea las casas, y cuando la sierra es absolutamente inaccesible, invadieron el pueblo los turistas y los viajeros á plazo fijo con billete de ida y vuelta. Los vecinos fueron poco á poco cambiando sus ocupaciones.

Se ganaba más dinero en tres ó cuatro días que en un mes antes. El hijo de la que había de ser la *tía Negra*, sintió también la obsesión de ga-

nar dinero al aire libre, con las manos inactivas, entre damiselas que oían bien y jóvenes alegres que no regateaban el dinero. Era más grato el correr la montaña como una diversión; almorzar succulentamente á la orilla de las lagunas ó en lo alto de un picacho, que comer frugalmente en la casita humilde, cerca de la corraliza, maloliente y con las manos ennegrecidas. Pero el mozo no conocía la sierra. Nunca se aventuró fuera del pueblo. Durante la semana permanecía encerrado en la fragua. Los domingos acudía por la mañana á misa, y por la tarde al «rondón», en la plaza mayor. Era preciso entrenarse un poco antes de servir de guía á los demás. Y abandonó la fragua para dedicarse al pastoreo. Su rebaño era el que más se alejaba, al que obligaba á seguir caminos apartados. Alguna vez, incluso, le abandonó para trepar por los resbaladizos é ingentes cuchillares. Y un día no volvió al pueblo. Desapareció para siempre, sin dejar rastro alguno. Los perros fieles trajeron el rebaño abandonado. ¿Se ahogó en una laguna? ¿Blanquea el sol sus huesos en el abismo? ¿Le sorprendió la borrasca en lo alto de un risco y le estrelló contra un pico próximo? No se supo nunca. Antes de que pudiera ganar el dinero de aquel modo fácil y alegre que se prometía pensando en las damitas gentiles y los señoritos espléndidos, encontró la muerte. Su novia le olvidó pronto. Hoy es madre de siete ú ocho chicos, y su marido tiene una venta estratégicamente situada al paso de los excursionistas. Pero la madre no pudo olvidarle, y dió en la extraña locura de imaginar que todos cuantos salían del pueblo con sus arreos de alpinista iban en busca del hijo perdido. Les animaba á partir; les suplicaba que no se dejaran vencer por el desaliento y la fatiga; les prometía recompensas fabulosas, porque, según decía

ella, era la reina de los guías, y en su palacio iba creciendo el tesoro fabuloso de las propinas. Y no obstante, empeñó su choza, y luego se la arrebataron, y vivía de limosna y enflaquecía dentro de sus harapos negros. Todas las tardes aguardaba los retornos de los alpinistas, fatigados y melancólicos. Sin hablarles, con los ojos negros y vesánicos preguntaba por el que nunca había de volver.

Al día siguiente renacía su optimismo frente á la marcha jocunda de los que imaginaba nuevos exploradores reclutados para una cosa tan trivial como devolver un hijo muerto á una madre pobre. ¡Inútil espera! Durante seis, ocho, diez años; la *tía Negra*, astrosa, miserable, debilitada por el hambre, consumida por la fiebre, seguía pidiendo á todos los que partían en busca de la sierra, el amado cuerpo para darle cristiana sepultura. Hasta que una mañana de Marzo, cuando estaban cerrados los caminos, cuando la sierra era una amenaza hermética y los guías se refugiaban en sus chozas, un alemán fornido y audaz emprendió solo la ruta que conduce á la gran laguna. Intentamos disuadirle todos; se negaron los guías á acompañarle. El invierno era crudo. La ventisca cegaba... Pero él se obstinó en marchar. Y la *tía Negra*, que siempre despidió á los que iban en busca de su hijo, estaba tan segura aquella vez de que el alemán le encontraría, que marchó detrás de él. Ella ignoraba los senderos; ignoraba por dónde había que ir para encontrar los hermosos puntos de vista ó la muerte. Sólo sabía que aquel hombre, recio y audaz, hallaría á su hijo. En la mañana nivosa de Marzo vimos desaparecer al hombre rubio y la mujer negra. Al principio, iba él delante y ella detrás. Luego, ella marchó delante... No volvieron. Han debido encontrar al hijo.—JOSE FRANCÉS.

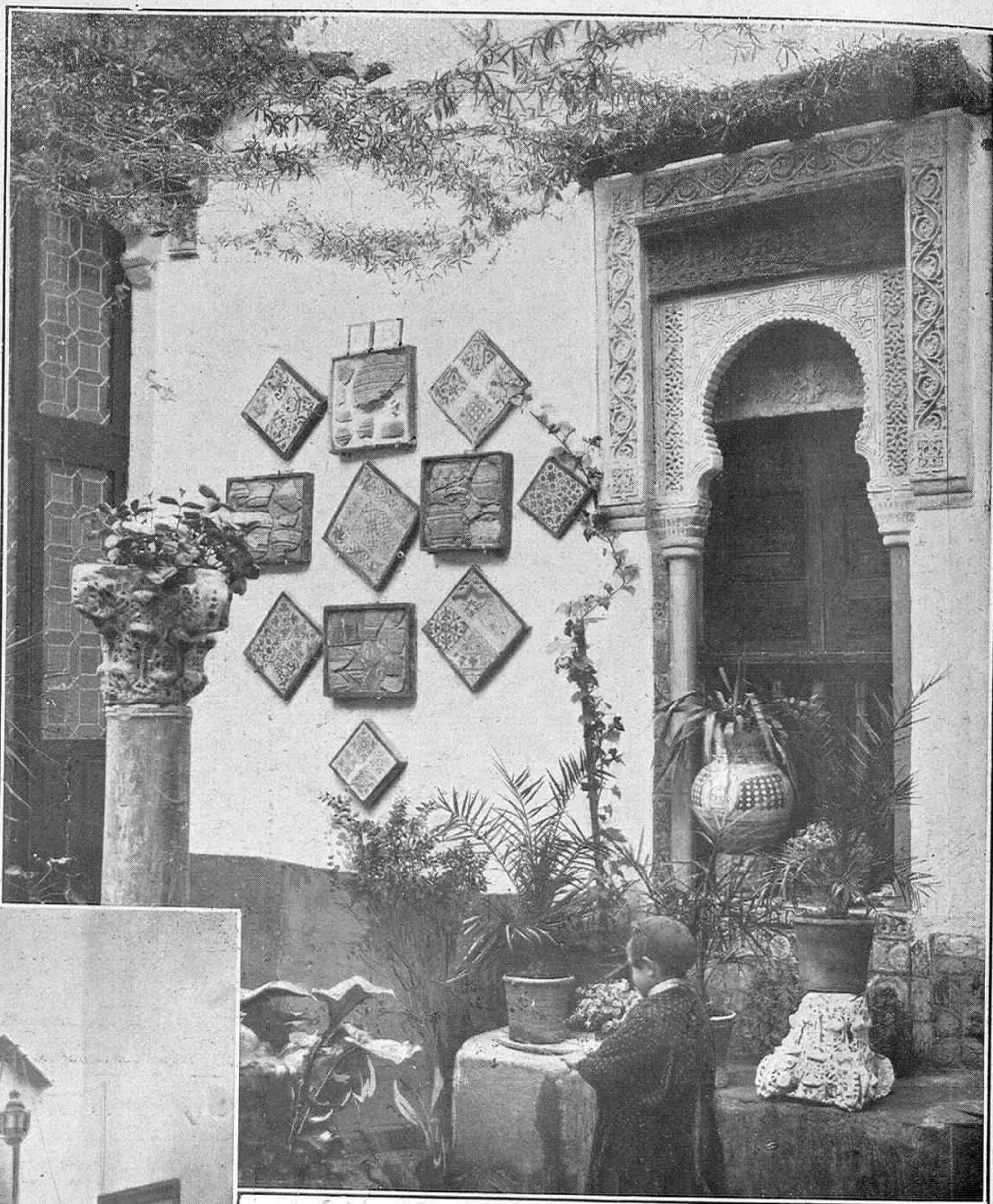
MAÑANA DE SOL EN TOLEDO

HEMOS llegado á la imperial ciudad en una mañana clara, fúlgida y luciente, una de estas mañanas de Castilla que no tienen igual en el mundo. Un sol de oro da relieve y prestigio á las piedras viejas de la ciudad. Es Toledo ciudad que pierde entre la niebla y la bruma; los días nublados no le van, y pierde toda su excelsitud. Yo he visto á Toledo enterrado bajo la nieve, y tampoco era bello; sobre la ciudad dormida los copos de nieve eran harapos de una blanca mortaja. Todos los rostros enjutos y ásperos de Toledo perdían animación bajo la nieve blanca, y todas las figuras de sus hidalgos parecían salidas del *Entierro del conde de Orgaz* por lo tristes y por lo amarillas, de oro viejo...

Cuando Toledo adquiere toda su sustantiva belleza y aparece en todo su inmaculado vigor, que los siglos no han resquebrajado aún, es en los días de sol espléndido, de cielo conmovedoramente azul, en esas mañanas invernales en que toda la gloria de la vieja Castilla parece haberse posado en las piedras arcaicas é irradiar desde las murallas, desde los torreones, desde los campanarios de las iglesias innumeradas...

En una de estas mañanas de sol maravilloso, de cielo espléndido, que entolda la ciudad bajo un dosel de gloria, Toledo es un refugio de paz viniendo de la urbe ruidosa y atrafagada, henchida en demasía de maquinismo demasiado trepidante de velocidades múltiples, sobradamente saturada de modernidad, llena de alaridos de vendedores y de voces discordes de gente, mezcladas al timbrado de los tranvías y el crujir de los rodajes de los automóviles, que castañetean como ametralladoras...

¡Silencio, paz y sol!... He aquí la síntesis de Toledo en estas mañanas de oro y de gloria... ¡Silencio, paz y sol!... Silencio en las calles angostas, heridas á veces entre la hendedura de los aleros por la lanzada de



Patio antiguo del barrio de la Judería, en Toledo



Un típico patio toledano

un rayo de sol que las atraviesa; silencio en las casas, con el portón cerrado, donde sólo á veces se escucha el susurro de los evónibus del patio, el trinar de oro de un canario ó el gemir de un piano en una habitación recóndita y sahumosa...

¡Oh, este silencio entre verde, dorado y azul de los patios, donde parece recogerse todo el aliento cálido del hogar para transmitirse al exterior!... El silencio fresco y callado de los patios es como el hábito acogedor que brinda hospitalidad; pero al mismo tiempo es como un rincón de cielo entrevisto al pasar, que se nos ofrece tentador y amable, pero que luego se nos huye y esquiva, como Galatea, eternamente desdeñosa...

¡Oh, sí; esta es la huella psicológica que deja en nosotros el cruzar por estas calles angostas, al atisbar por los postigos entreabiertos la dulzura hogareña y el encanto apacible de los patios toledanos!...

Toledo, en las mañanas de sol, es una ciudad andaluza, ó más bien una ciudad morisca, de anchas plazas desiertas, de calles recónditas y laberínticas, envueltas en la sombra y entre cuyos aleros el sol, á trechos, juega... La ascensión por las calles pinas y quebradas es, á ratos, penosa... Pero penetrad en la frescura maravillosa de un patio de Toledo y habréis alcanzado el máximo de dicha, de serenidad y de dulce aliento hogareño que puede alcanzar un hombre.

En unas macetas se mustian lánguidamente geranios, alelís y claveles; el suelo está limpio, aljofifado, reluciente, con esa clásica limpieza de las mujeres toledanas que ya Antonio Pons ensalzaba en el siglo xviii; los mosaicos del pavimento relumbran de nitidez; el toldo puesto en lo alto del patio, entre los cuatro compartimientos del edificio, atenúa y tamiza la luz cruda del sol de Castilla... Y todo está bañado en una dulzura, entre mística y voluptuosa, de ciudad morisca... ¡Ciudad entre arábiga y cristiana, dormida y perezosa bajo el sol, con silencios infinitos, rasgados por la voz de un vendedor de arropo, por el susurrante arrullo de un piano ó por el repique de unas campanas monjiles!...

ANDRÉS GONZÁLEZ-BLANCO

FLORES DE TALAVERA

Itárea



*Es el Perfume
de la gente
„Chic“*

AGUA DE COLONIA
JABÓN, LOCIÓN
POLVOS y EXTRACTO

GAL - Madrid

SIEMPRE 20 AÑOS



La **BRILLANTINE EMILMAT** es verdadero **elixir de vida nueva** para el cabello, cuando éste, por efecto de los años, enfermedades u otras causas, ha perdido su esplendor, su lozanía o su color natural.

Unas pocas fricciones con **BRILLANTINE EMILMAT** dan al cabello enfermo la brillantez y hermosura del cabello sano y devuelven rápidamente el color natural en todos los casos de encanecimiento. Su uso impide la salida de las canas. Se aplica como una loción cualquiera. No engrasa, ni ensucia.

Estuche: Ptas. 4, en perfumerías y droguerías
Por mayor: EMILMAT, Salud, 5, Madrid
Se envían gratis folletos de los métodos EMILMAT

Jabón Palmolive



El jabón preferido para el tocador

Hecho de aceites de palma y oliva (el lujo de los antiguos Egipcios) produce una limpieza admirable. Su espuma abundante suaviza la piel; su perfume incomparable encanta.

Quedará Ud. agradablemente sorprendido con el jabón Palmolive y otros productos del mismo nombre. Después de probarlos siempre estarán en su tocador.

De Venta en la Principales Droguerías, Farmacias y Perfumerías.

THE PALMOLIVE CO.
Fabricantes
Nueva York y Milwaukee, E.U.A.

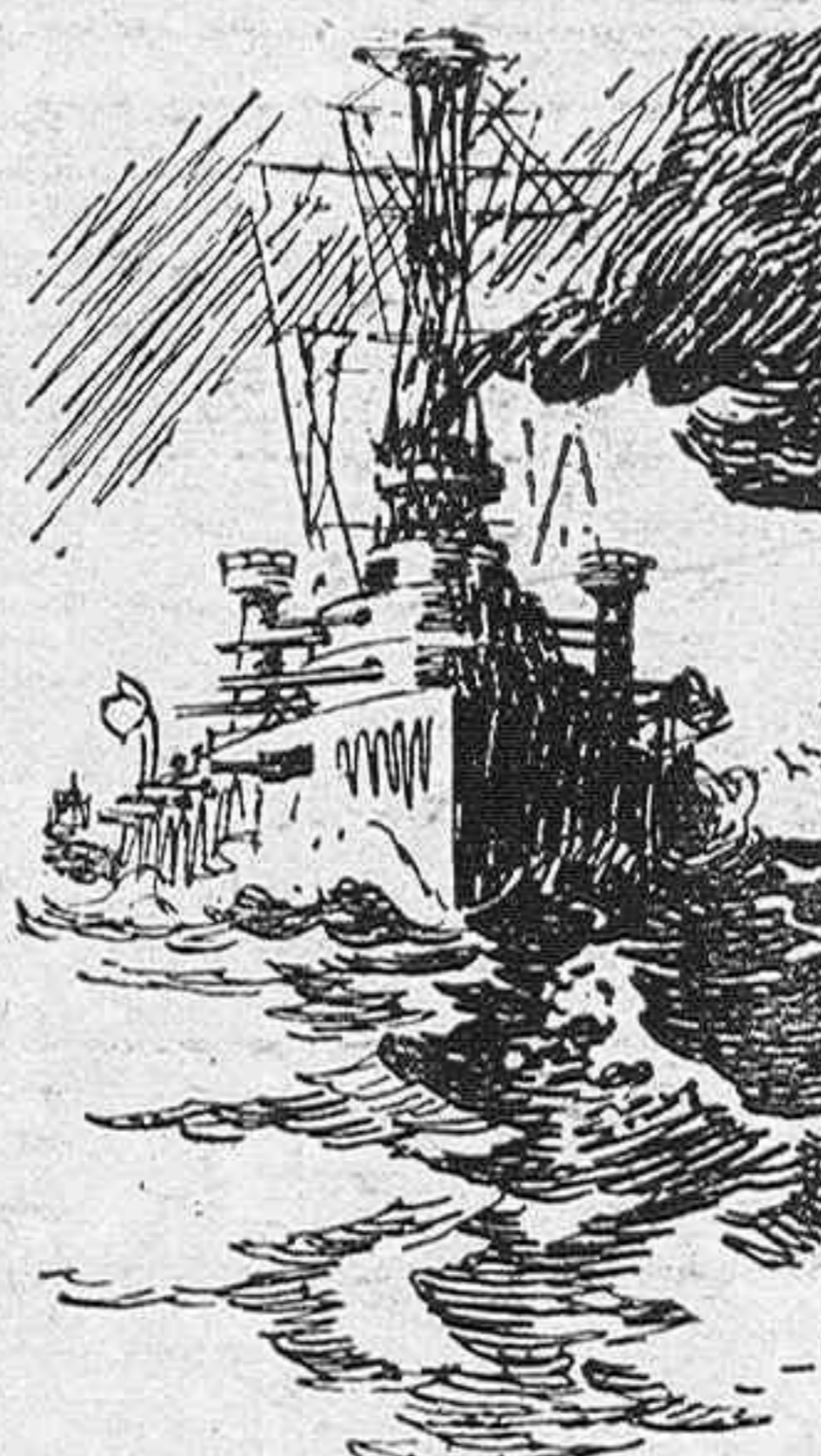
Agentes para España: LA NORTEAMERICANA, S. A.
Ronda Universidad, 37, Barcelona

Píldoras Saludables
50 de MUÑOZ **20**
LAXANTES PURGANTES
Céntimos En todas las Farmacias Dosis
caja

ALHAJAS

BRILLANTES, PERLAS, ORO, PLATA Y PLATINO SE PAGAN COMO EN NINGUNA PARTE :-: VENTA DE BANDEJAS, CUBIERTOS, VAJILLAS Y VARIOS OBJETOS PLATA DE LEY, AL PESO FERNANDEZ Y VEIGA, ESPARTEROS, 16 Y 18, TELEFONO 2.529, MADRID

No. S2329-6in. d. c.-J. R. K. Co.



TRADE **YALE** MARK

El guardián de cinco millones de hogares

Como el "Acorazado" es el vigilante de los siete mares; por lo tanto el

Picaporte Yale de Cilindro

es el protector de cinco millones de hogares—un vigilante contra el atrevido intruso ratero o ladrón,

El Picaporte Yale de Cilindro es un protector—cumple bien con su cometido. Mantiene la puerta cerrada cuando así se desea. La destreza del ratero y su ganzúa son impotentes ante el Picaporte Yale—nadie puede abrirlo si no tiene la llave debida.

Se fabrican para puertas de todas clases, tamaños, estilos y precios.

Tal como el Picaporte Yale de Cilindro se garantiza, así lo son también todos los productos Yale—Candados Yale, Cierrapuertas Yale, Herrajes Yale para construcciones, Cerraduras Yale para bancos y Motones Yale de cadena. Pídase la marca de fábrica "Yale" antes de comprar. Con los productos Yale tendrá Ud. el maximum de seguridad.

De venta en las principales ferreterías.

The YALE & TOWNE Mfg. Co.

Establecidos en 1868

NUEVA YORK

E. U. A.

EL MÁS PODEROSO

DE LOS



TÓNICOS

cuyo uso es indispensable durante los calores para combatir la falta de apetito y de las fuerzas.

VINO DE VIAL

QUINA, CARNE

LACTO-FOSFATO de CAL

Conviene a los convalescientes, ancianos, mujeres, niños y todas las personas débiles y delicadas.

EN TODAS LAS FARMACIAS

ESPARTA

HIPOFOSFITOS SALUD

EL MEJOR

RECONSTITUYENTE CONOCIDO

PARA COMBATIR

LA TISIS, INAPETENCIA

Y ANEMIA



*Las personas convalecientes que quieran re-
cuperar rápidamente las fuerzas
deben tomar este poderoso reconstituyente.*

AVISO: RECHÁCESE EL FRASCO SI NO SE LEE EN LA
ETIQUETA EXTERIOR, CON TINTA ROJA.

HIPOFOSFITOS SALUD

EN LA ARGENTINA PÍDASE "HIPOFOSALUD"



Aprobado por la Real Academia de Medicina.—29 años de éxitos crecientes

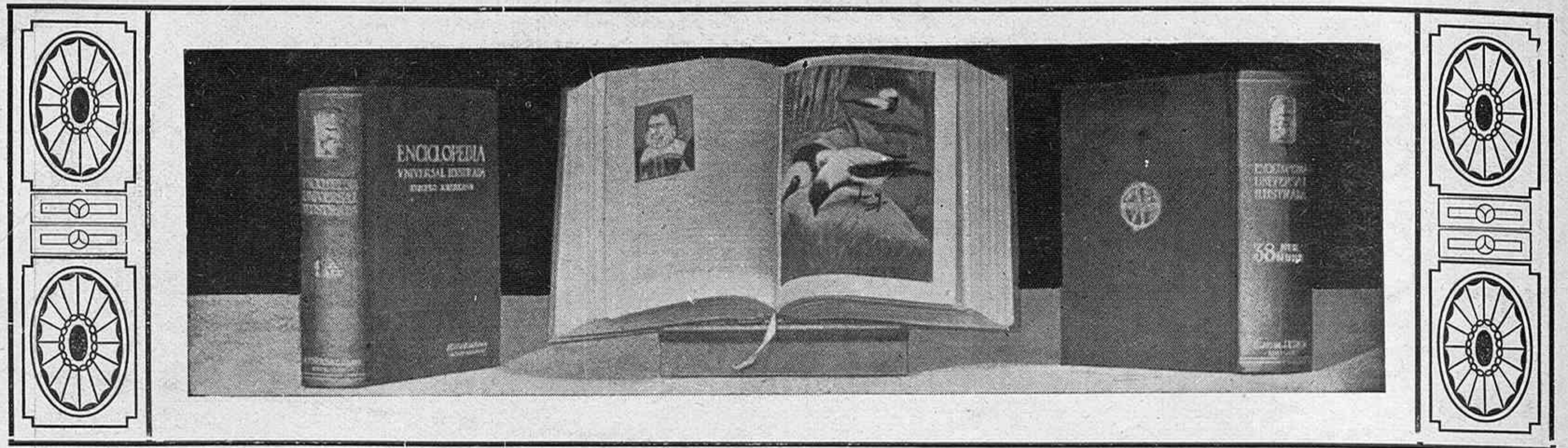
Agentes para la venta.—En la República Argentina: Iglesias, Bidón-Chanal y C.ª, Moreno, 661 y 663, Buenos Aires.—En Venezuela: Eliseo de Aramburu, Coliseo á Corazón de Jesús, 48, Caracas.—En Cuba: De venta en las principales farmacias y droguerías.—En Panamá: Gervasio García, Avenida Central, 68, Panamá.—En Filipinas: G. Martini, Limited, Droguería, Manila.—En Colombia: J. M. y N. E. Acosta Madiedo, Progreso, 5, Barranquilla.—En Chile: Eduardo Limiñana, Santa Victoria, 350, Santiago de Chile.

ENCICLOPEDIA UNIVERSAL ILUSTRADA ESPASA

EUROPEO - AMERICANA

LA OBRA MEJOR ILUSTRADA DEL MUNDO

Primer premio (Grand prix) en todas las exposiciones á que ha sido presentada



Esta obra se adquiere á precios verdaderamente módicos y con toda clase de facilidades

EDITORES: HIJOS DE J. ESPASA **BARCELONA**
 Cortes, 579 y 581 — Teléfono A * 1.053 — Apartado 552

Se suscribe en las principales librerías y centros de suscripción de España y América

PEREDA

(Glosas y comentarios de la vida y de los libros del Ingenioso Hidalgo montañés)

POR

JOSÉ MONTERO

Un volumen de 450 páginas, con más de veinte fotograbados

PRECIO: 4 PESETAS

Lea usted los viernes **NUEVO MUNDO**

La Esfera

ILUSTRACION MUNDIAL

MADRID Y PROVINCIAS. . .	Un año	30 pesetas
» »	Seis meses	18 »
EXTRANJERO	Un año	50 »
»	Seis meses	30 »
PORTUGAL	Un año	35 »
»	Seis meses	20 »

Oficinas: Hermosilla, 57.—Teléfono S-9

SE VENDEN los clichés usados en esta Revista. Dirigirse á Hermosilla, número 57.

TAPAS

para la encuadernación de

La Esfera

confeccionadas con gran
 lujo

PARA EL PRIMER TOMO DEL AÑO 1919
 A 4 pesetas el juego para un semestre

SE VENDEN EN LA **Prensa Gráfica (S. A.)**
 ADMINISTRACIÓN DE

HERMOSILLA, 57 — MADRID

Para envíos á provincias añádanse 0,40 para franqueo y certificado

PIDA USTED

un ejemplar de muestra
de la revista semanal

NUEVO MUNDO

Se envía gratuitamente y franco correo á cualquier dirección del globo. Se publica los viernes, y desde el primer número de este mes se ha presentado al lector bajo una cubierta original, impresa por los procedimientos más modernos y á cuatro, cinco ó tantos colores como exija la perfecta reproducción de los asuntos, que han sido escogidos cuidadosamente de las producciones de los más reputados artistas españoles. NUEVO MUNDO ha ampliado, también desde el mes de Julio corriente, el número de sus páginas, y dentro de ellas sus acostumbradas secciones de

LITERATURA, INFORMACIONES DE ACTUALIDAD, CIENCIA,
CURIOSIDADES, MODAS, DEPORTES, ETC., ETC.,

sin que á pesar del esfuerzo editorial que
:: todas estas modificaciones significan ::

NUEVO MUNDO

altere su precio de venta, que será, como
siempre, de 40 céntimos en toda España

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

ESPAÑA	EXTRANJERO	PORTUGAL
Un año..... 19 ptas.	Un año..... 30 ptas.	Un año..... 22 ptas.
Seis meses... 10 »	Seis meses... 16 »	Seis meses... 12 »

Administración: Hermosilla, 57, Madrid :- Teléfono S-9



Flores del Campo

maravillosas creaciones que constituyen el mayor acierto de la moderna perfumería científica. Su aroma exquisito y positivas propiedades higiénicas han hecho estos productos indispensables en toda "toilette" de buen tono

JABÓN

**COLONIA • POLVOS • EXTRACTO • RON QUINA
BRILLANTINA • LOCIÓN • ACEITE**

FLORALIA